

PUNTO
ROJO



RETRATO EN ROJO

clark carrados

RETRATO EN ROJO

CLARK CARRADOS

**RETRATO EN
ROJO**

**1ª EDICIÓN
FEBRERO - 1963**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA- BUENOS AIRES-BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 27.763 - 1862

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS -1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2- Barcelona- 1963

N. R. 6801/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

725 — La mina fantasma. 738 — Límites de sangre.
762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

645 — El diamante roja. 650 — Marea de sangre.
653 — Lanzados al infierno.

En Colección BÚFALO:

396 — El tren de las 7'30. 438 — Capitán "Fracaso".
479 — La puerta de los ahorcados.

En Colección SALVAJE TEXAS:

297 — El juez "Damas". 307 — La vuelta del yanqui.
336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:

294 — Comerciante en balas. 302 — Encaje de revólveres.
332 — La jauría.

En Colección COLORADO:

82 — Cita en el desierto. 106 — ¡Bandidos!
228 — Seis, al infierno.

En Colección KANSAS:

221 — La séptima estrella. 228 — El tercer *sheriff*
246 — La herradura mellada.

En Colección PUNTO ROJO:

37 — Un doble para la horca. 40 — Me te visitado un cadáver

En Colección BRAVO OESTE:

82 — Savia roja. 98 — Alias "el Perezoso",

Retrato en ROJO

por CLARK CARRADOS



CAPITULO PRIMERO

Es difícil luchar contra la adversidad cuando ésta nos asesta dos golpes muy seguidos, tanto, que parecen ser uno solo. Entonces, quedan dos recursos: rendirse o pedir socorro.

A veces, el orgullo le impide a uno pedir socorro, pero las circunstancias, en que me encontraba yo en aquellos momentos no eran las más apropiadas para mostrar mi orgullo ni sentirme ofendido por verme obligado a solicitar socorro. Cuando uno se encuentra a varias millas de la ciudad más próxima, con la rueda delantera deshecha por los cascos de vidrio de una botella, que un estúpido automovilista ha arrojado descuidadamente por la ventanilla, y cuando la rueda de repuesto ha perdido el aire, lo lógico es que busque a alguien a quien pedir auxilio en semejante coyuntura, máxime cuando el cielo está descargando toneladas de agua sobre la tierra.

Maldije en voz baja al granuja que había lanzado la botella al camino y maldije al vendedor que me había largado aquel cacharro de segunda mano, Con una goma de repuesto que perdía el aire tan fácilmente como un jugador pierde sus medios dólares de plata en las tragaperras de Las Vegas. Maldije del tiempo y maldije de muchas cosas más, la mayoría de las cuales no son para narradas en esta historia.

Afortunadamente para mí, el percance había sucedido a poca distancia de una luz que parpadeaba a través de la espesa cortina de lluvia. Me dije que lo más oportuno era acercarme a aquella casa, donde seguramente tendrían un teléfono y desde la cual podría llamar a un garaje para que enviase un coche a buscarme.

Me puse el impermeable, encasquetándome el sombrero hasta las orejas y eché a andar en dirección a la luz. Esta se hallaba al otro lado de un pequeño y no muy espeso bosquecillo de abedules, cuyo suelo cubierto de hierba chorreante, empapó en pocos momentos el final de mis extremidades inferiores.

En Un par de minutos llegué a las cercanías de la luz. Entonces, pude distinguir ante mí la sombría mole de un edificio de piedra, de muy antigua construcción al parecer, cuya entrada era un colosal portalón de piedra, cerrado por una puerta de gruesos tablones de roble, reforzados con unos enormes clavos de hierro.

Busqué algo para llamar y encontré una cadena que colgaba a la derecha de la puerta. Tiré un par de veces y pude escuchar al otro lado el débil sonido de una campanilla.

Esperé unos segundos. La puerta se abrió y una mujer apareció bajo el dintel.

Vestía de gris, con vivos blancos, tendría unos cincuenta años, era tan lisa como una tabla y sus ojos negros me miraron con suspicacia.

—¿Qué quiere usted? —preguntó con acento hostil.

—Perdone usted, señora —respondí, quitándome el sombrero—. Mi automóvil se estropeó a poca distancia de aquí y...

Una, voz estridente cortó en seco mis palabras.

—¿Quién es, Blanche?

La voz era de mujer, pero poseía un tono tan agradable como el de los dientes de una sierra de madera al morder inesperadamente en un clavo atravesado.

—No le conozco, señora —dijo la mujer que tenía frente a mí—. Dice que es un automovilista con avería.

—¡Que se vaya! —contestó la voz desde el interior—, ¡No queremos intrusos en la casa!

Respingué. Vaya un modo de cumplir con los preceptos evangélicos de caridad y hospitalidad.

—Dispense —insistí—; no trato de quedarme en la casa, sino solamente

de telefonear a la ciudad para, que vengan a recogerme.

—¡Aquí no hay teléfono! —exclamó la misma voz chirriante—. ¡Fuera, fuera de aquí!

—Ya lo oyó usted —dijo la llamada Blanche con labios prietos—. La señora no quiere extraños.

—Y seguramente los extraños no querrán a la señora —contesté mordazmente. Me disponía ya a retirarme, cuando oí una tercera voz, ésta de timbre indudablemente masculino.

—¡Espere, Blanche!

La mujer de gris volvió la cabeza.

—¿Señor?

Un hombre apareció ante mis ojos. Era un sesentón, cuyo rostro encarnado denotaba su afición al alcohol y un desprecio absoluto hacia el medidor de la presión sanguínea. Mediría un metro sesenta, aproximadamente, y daba la sensación de tener que sujetarse continuamente con las manos la prominente barriga para evitar que se le cayeran los intestinos al suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó el gordito.

—Me llamo Aldriss, Emory Aldriss, y me dirijo a Cantrell Bluff. Mi coche sufrió una avería...

—Lo siento, señor Aldriss —contestó el individuo—. En *Creasy House* no disponemos de teléfono. Consideramos que el teléfono es un instrumento perturbador de la paz y la tranquilidad domésticas. Pero si lo desea, puede pasar aquí la noche hasta que se haga de día. Quizá para entonces haya mejorado el tiempo.

—Es usted muy amable, señor...

—Creasy, Michael Creasy.

—...Pero no querría ser causa de molestias para ustedes,

—Oh, no es ninguna molestia, señor Aldriss. Al contrario, nos sentiremos muy honrados con tenerle como huésped esta noche en *Creasy House*.

—¡Michael! —gritó la voz de sierra—. ¡Te dije que no quería extraños....!

—¡Cállate, maldita bruja! —barbotó el señor Creasy furiosamente, perdiendo por unos momentos su amabilidad. Luego se volvió hacia mí—: Tenga la bondad de pasar... y disculpe.

Crucé el umbral, hallándome en un gran vestíbulo, iluminado por una enorme lámpara de hierro pendiente del techo por una gruesa cadena. El vestíbulo tenía varias puertas, una de las cuales estaba abierta de par en par. Una escalera que describía medio semicírculo ascendente, conducía al piso superior. La escalera, cosa extraña, carecía de barandilla, pero sus peldaños eran lo suficientemente anchos como para no temer una caída por falta de tal elemento protector.

Bajo el dintel de la puerta abierta una mujer sentada en un sillón de ruedas, una inválida al parecer. Tenía, más o menos, la edad de Michael Creasy y era de rostro seco y anguloso. Sus ojos brillaban con fulgores de bruja en el fondo de dos cuencas orbitarias de color violáceo y su cabello era completamente blanco.

Tenía el cuello rodeado por una cinta negra, de la cual pendía un camafeo de marfil y sus labios delgados e incoloros estaban crispados en una mueca de ira y desprecio al mismo tiempo.

—Por aquí, haga el favor, señor Aldriss —dijo Creasy. Por encima del hombro una orden—: Blanche, prepare la habitación de los huéspedes.

—Como disponga el señor —contestó la mujer, evidentemente ama de llaves o algo por el estilo.

La inválida se retiró a un lado para dejarnos pasar. Entramos en un gran comedor de estilo muy antiguo, en uno de cuyos lados vi un piano de cola, sobre el cual había un retrato en marco de plata. La distancia era demasiado grande para que pudiera distinguir las facciones de la persona representada en la fotografía.

Al otro lado había una gran chimenea donde ardían alegremente media docena de gruesos troncos.

—Acomódese a su gusto, señor Aldriss —dijo Creasy—. Le traeré algo de beber.

Dejé el sombrero y el impermeable a un lado y me acerqué a la chimenea. La inválida dio un rodeo para situarse al otro lado y se puso a contemplarme en un hosco silencio, cosa que me hizo sentirme muy incómodo.

Creasy vino con un vaso alto mediado de licor. Tomé un trago y elogíé la buena calidad del whisky. Creasy sonrió.

—Gracias, señor. Aldriss.

Me ofreció cigarrillos.

—De modo que se dirige usted a Cantrell Bluff.

—Así es —contesté.

—¿Reside usted allí?

—Pues...

No pude seguir adelante. Una persona entró de súbito en el comedor, interrumpiendo la respuesta apenas iniciada.

Era una joven de elevada estatura, de veintiséis años aproximadamente, y formas esculturales. Tenía los cabellos intensamente negros y su tez parecía de mármol, cosa que hacía destacar más el rutilante fulgor de sus ojos verdes y el vivo carmín de sus labios. Vestía enteramente de negro, a excepción de unos sencillos puños y cuello de encaje blanco. Era muy hermosa, aunque pude ver en sus facciones una expresión de tristeza o amargura que no supe a qué achacar en aquellos momentos; Esto hizo que me gustara más todavía.

La joven se detuvo al verme en el comedor.

—Perdón, —dijo, un tanto cortada—. No sabía que tuvieran visita.

Y ya iniciaba el ademán de retirarse, cuando Michael Creasy la detuvo.

—No es preciso que te vayas, querida Joan. Te presento al señor Aldriss, nuestro huésped por esta noche, Señor Aldriss, nuestra sobrina la señora St. Vreran.

—Encantado de conocerla, señora.

—Mucho gusto —contestó ella con acento inexpresivo—. Pronto estará la cena. ¿Hago que llamen a Dennis?

—No —contestó Creasy—. Blanche le subirá la cena a su habitación. Es mejor así, sobre todo esta noche.

—Como quieras, tío Michael —contestó ella sin inmutarse. Me saludó con leve inclinación de cabeza—. Volveré en seguida.

Salló del comedor caminando con una gracia natural como pocas veces había visto hasta aquel momento. La voz de Creasy me sacó de la leve abstracción en que había caído durante unos instantes.

—¡Pobre Joan! —se lamentó.

Enarqué las cejas.

—¿Por qué? —pregunté.

Creasy movió la cabeza con gesto de tristeza.

—Su esposo murió en Corea. Aunque han pasado ya cinco años desde entonces, Joan no ha podido recobrase del golpe. —Lañad un suspiro—. Ya ve, es una muchacha estupenda, muy buena y guapísima, y, si quisiera, tendría los pretendientes a montones. Pero ella sigue fiel al recuerdo de su marido y no ha querido ni oír hablar de nuevo matrimonio.

—Lo siento —murmuré.

Miré a la vieja inválida. Seguía mirándome fijamente, con aire escrutador, lo cual me ponía muy nervioso.

La voz tía Creasy llamó de nuevo mi atención.

—Nosotros también nos acordamos mucho del pobre Henry. Era un excelente muchacho; lástima que lo mataran los comunistas en Inchón,

Miré hacia el piano.

—¿Es aquel su retrato? —pregunté.

—Sí —contestó Creasy—. Venga y lo verá.

Creasy se mostraba tan locuaz como la inválida silenciosa. No sé qué me enervaba más; si aquel insubstancial parloteo o la hosca contemplación de la mujer anclada en el sillón de ruedas.

Llegamos al piano. Creasy movió la fotografía para que pudiera verla mejor. Tuve que dominarme para no estallar en un brutal alarido. La verdad es que en los últimos años había recibido un gran entrenamiento para controlar mis sentimientos interiores en cualquier circunstancia, por extraña que fuese.

Sí, era difícil no gritar en aquellos momentos, cuando estaba

contemplando mi propio retrato y enterándome de que había estado casado con una belleza como Joan St. Vreran. Hay cosas que las escribe uno y no se las cree nadie; pero aquello que me estaba sucediendo en tales momentos era auténtico, era verdad.

En resumen, según Michael Creasy, Joan St. Vreran era mi viuda.

CAPITULO II

Pero yo no había estado casado nunca.

Cinco años no son demasiado tiempo en la vida de un hombre para que su fisonomía cambie hasta el punto de resultar irreconocible al final de dicho plazo, si se la compara con una fotografía. Ahora bien, cuando yo me hice aquella fotografía, usaba un amplio y frondoso bigote que después había suprimido. Por si fuera poco, en la época actual me veía constreñido a utilizar unas gafas oscuras para no recibir en mis dañadas pupilas un exceso de luz. Así, es fácil pasar inadvertido para cualquiera.

Cinco años antes yo había sido movilizado para la guerra de Corea. Luché durante año y medio y luego caí prisionero. Si tuviera que contar todas las calamidades que pasé durante los tres años y medio siguientes, no acabaría nunca. Una de ellas fueron los seis meses que pasé en el fondo de un lúgubre calabozo, sin el menor rayo de luz, ni aún siquiera cuando me traían la infecta bazofia a la cual los rojos llamaban comida. Como consecuencia de ello, se me habían resentido: las pupilas y habría de llevar aquellas gafas durante bastante tiempo.

En cuanto al bigote, los comunistas me lo habían afeitado considerándolo como una humillación para mí, y luego, no sé por qué, no había vuelto a dejarlo crecer. De esta forma, no había, pues, quien me conociera.

Y Michael Creasy aseguraba muy serio que yo había sido el esposo de Joan St. Vieran. ¿Qué misterio se encerraba en el fondo de todo aquello?

Aún no puedo saber por qué callé, limitándome a proferir algunas cuantas frases tópicas, respecto al difunto señor St. Vieran. Y a las doce de la noche, cuando todos dormían ya, yo permanecía aún despierto, en pie junto a la ventana de mi dormitorio, escuchando más que contemplando el monótono rumor de la lluvia que caía sin interrupción.

De pronto se me ocurrió una idea. Tenía que examinar la fotografía más a fondo, averiguar cómo había llegado hasta allí. Sin volver a pensarlo dos veces, abrí la puerta y miré a lo largo del corredor.

La casa estaba a oscuras, a excepción de una pequeña bombilla situada

en el arranque de la escalera. Caminé sigilosamente y empecé a descender les peldaños, con el mismo silencio que cuando nos acercábamos a las posiciones enemigas durante la noche.

Llegué al comedor, abrí la puerta y pasó al otro lado, cerrando acto seguido a mis espaldas. Las brasas de la chimenea despedían aún un pálido resplandor. Busqué un interruptor y di la luz;

Avancé hasta el piano y tomé la fotografía en mis manos. No, no había la menor duda; era la misma que me había hecho años atrás. Para confirmar del todo mis presunciones, solté el tirante que la mantenía sujeta contra el vidrio, quité el cartón protector y extraje el retrato.

La etiqueta lo decía bien claro:

Homer T. Husser.
FOTOGRAFO
123, Hill Road.

Desde luego, allí era donde me había retratado yo. Pero nunca había puesto una dedicatoria semejaste en la fotografía que tenía en las manos:

*A Joan, para siempre,
de su*

Henry.

Cinco años atrás, yo había puesto en una cartulina similar una dedicatoria, no muy diferente, desde luego, aunque sí dirigida a otra mujer, Pero nunca había visto ni oído hablan de Henry Aldriss ni tampoco de su esposa. ¿Por qué habían cometido aquella falsificación? ¿Qué objeto tenía realizar una acción semejante?

Harto desconcertado, volví la fotografía a su sitio,.. Apenas acababa de hacerlo, percibí un ligero chasquido a mis espaldas.

Me volví rápidamente. Joan “Aldriss” estaba allí, a cuatro pasos de distancia, mirándome fijamente.

Sintiéndome como un chiquillo cogido en falta, traté de sonreír.

—Eh... Oh... tendrá que dispensarme... señora.. No tenía sueño... y pensé que podría distraerme un poco... Vi la fotografía de su esposo... Siento lo sucedido, se lo aseguro.

Joan no varió un ápice la expresión de su rostro. Sus ojos eran enormes, rasgados, pero tenían una cierta fijeza que me intrigó notablemente.

—Sí, fue una lástima —contestó con voz monocorde.

—Su, tío me dijo que él murió en Corea.

—Sí.

—¿Recuerda usted en qué unidad estaba encuadrado?

—En el 505 Regimiento Aerotransportado.

—Una buena unidad —comenté—. En Kwi-san sufrieron mucho.

—Allí murió él, señor Aldriss. ¿Estuvo usted también en Corea?

—Sí, en el 7º de *Marines*. Luego caí prisionero.

—Una guerra horrible, señor Aldriss.

—Sobre todo para los que, de una forma u otra, padecieron sus consecuencias, Como usted y yo.

Joan se pasó la mano por la frente. Por un momento creí que iba a desmayarse y di un paso hacia ella. Pero la joven se recobró de inmediato.

—¿Se siente usted mal? —inquirí solícitamente.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no...

—Espere, le serviré algo de beber. Siéntese mientras...¿quiere?

Busqué una botella y una copa, y eché en ésta un poco de licor. Mientras, Joan se había sentado en un sillón y su palidez había aumentado más todavía.

—Beba, se lo ruego.

Ella obedeció. Luego me dirigió una débil sonrisa.

—Gracias, señor Aldriss. Ahora me siento mejor.

—Cometí una imprudencia. Nunca debí hablarle de su esposo,

—Al contrario —respondió ella—. Me gusta que me hablen de él. Yo le amaba intensamente, ¿sabe usted, señor Aldriss?

—Henry St. Vreran fue un hombre afortunado mientras vivió —observó intencionadamente.

Joan se sonrojó un tanto.

—Nos amábamos mucho. Su pérdida fue un golpe durísimo para mí, del que todavía no he podido recobrarme.

—Pero es usted todavía joven y hermosa y debe aspirar a la felicidad, que nadie podría negarle —alegué Con cierta vehemencia.

Joan sacudió la cabeza.

—No, no —dijo, con un espasmo de dolor, claramente visible en su rostro. De pronto se puso en pie—: Yo no tengo ya derecho a ser feliz. La época de la felicidad pasó ya para mí, señor Aldriss.

Y súbitamente, sin que nada hiciera preverlo, echó a correr hacia la puerta, dejándome sumido en el más absoluto desconcierto.

Aquella noche me costó dormirme bastante. Cuando me desperté, escuché voces cerca de la puerta de mi dormitorio.

Una de ellas resultaba inconfundible; era la de la inválida. La otra pertenecía a una mujer y era nueva para mí. No era la de Joan ni tampoco la de Blanche. ¿Se trataba de alguna mujer que había venido a la casa después de haberme dormido yo?

—El huésped se irá en seguida —decía la vieja—. Esperemos que no vuelva por aquí.

—Supongo que no se tratará de algún polizone —expresó la otra

mujer.

—Y aunque lo fuera, ¿qué podría hacer aquí? Ni Sherlock Holmes redivivo podría hallar el menor indicio. Pero no nos conviene que siga en la casa ni un minuto más de lo necesario.

—El mecánico ya está avisado... No tardará en llegar.

—Esa es una buena noticia —contestó la irritable inválida.

—¿Quién dejo pasar a Aldriss?

—Michael, ese imbécil. Yo me negué, en un principio, pero cuando él metió las narices ya no hubo medio de echarse para atrás.

—¿Es de Cantrell Bluff?

—¡Yo qué sé! Dijo que se dirigía a la ciudad, eso es todo.

—Bueno, por si acaso, encargaré a Randall que averigüe algo del tipo. En pocas horas podremos saber si piensa seguir en Cantrell Bluff o se va a marchar.

—Está bien, pero no dejes de comunicarme cuanto antes lo que sepas.

—Conforme. De todas formas, se olvida usted de una cosa: Randall no trabaja por amor al arte.

Sonó un grueso bufido. Luego, la vieja rezongó:

—Te dará doscientos cincuenta; ni uno más, Louise.

—Está bien. Veré qué puede hacer Randall con ese dinero.

Oí ruido de tacones que se alejaban rápidamente. Esto me dio la sensación de que la llamada Louise era una mujer no tan vieja como la inválida. Pero, ¿qué hacía allí, en *Creasy House*?

¡Había tantas preguntas a las cuales no podía responder...!

Media hora más tarde me hallaba en el comedor. Estaba a mitad del desayuno, cuando compareció Creasy seguido de un hombre vestido con un manchado, mono de mecánico.

—Este es Bob, señor Aldriss —dijo Creasy—. Ha cesado de llover y pudimos enviar un mensaje a la ciudad.

—Ya tiene su coche listo, señor Aldriss —expresó, Bob—. Puede utilizarlo cuando quiera. Incluso me he permitido traérselo delante de la casa, para que se ahorre usted el viaje hasta la carretera.

—Muy amable, Bob. ¿Cuánto le debo?

El mecánico citó una cifra, a la cual agregue un par de dólares de propina. Bob saludó y se marchó tan contento,

Entonces me puse de pie y me despedí de Creasy. Este me dijo que su esposa, la inválida, seguía aún en sus habitaciones, lo mismo que Joan. Le encargué me despidiera de ambas y después de darle las gracias por la hospitalidad, me dirigí hacia la puerta.

A mitad de camino me tropecé con una mujer, ataviada con el blanco traje de enfermera. Era pelirroja, de formas voluptuosas y protuberantes, ojos muy vivaces y expresión inquisitiva. Tenía treinta y pocos años y hubiera podido ser aún más hermosa, de no tener impresa cierta dureza en

sus facciones. Llevaba en la mano los elementos necesarios para poner una inyección y pasó delante de nosotros con gran contoneo de sus opulentas; caderas.

A mí sólo me dirigid una mirada superficial. Creo que a Creasy le favoreció con un guiño perturbador. Pero si había algún lío entre los dos, eso no me impostaba en absoluto; ya eran lo suficiente mayorcitos para saber lo que se hacían. Aquella debía ser la Louise que iba a encargar a Randall ciertas investigaciones acerca de mi persona. Se iban a llevar una gran sorpresa, desde luego.

Tres cuartos de hora más tarde, llamaba a la puerta de un abogado de Cantrell Bluff, llamado Ferdinand Chisholm.

CAPITULO III

Pasa por los trámites acostumbrados de secretaría y demás, y al poco rato me encontraba en presencia del leguleyo. Chisholm se levantó y me estrechó la mano.

—Encantado de conocerle, señor...

Emití una sonrisa.

—Perdón, no quise decirle mi nombre a su secretaria, señor Chisholm. Me llamo Emory Aldriss.

Al mismo tiempo que hablaba, me quité las gafas, Chisholm barbotó una palabrota.

—¡Eso es una broma, estúpida! Emory Aldriss murió en Corea.

—Depende de cómo se consideren las cosas, querido Ferdy —contesté con una sonrisa—. ¿Quieres que me pinte un bigote para que me reconozcas mejor?

Chisholm abrió unos ojos del tamaño de sendos platos soperos. Luego, muy lentamente, volvió a ponerse en pie y dio la vuelta a la mesa.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó en voz muy baja—. ¿Estoy viendo al mejor de mis amigos o estoy contemplando a su fantasma?

—No hay fantasmas que valgan, Ferdy, sino personas de carne y hueso. Soy yo, tu viejo amigo Emory Aldriss... que vuelve del infierno.

—Pe... pero... La Secretaría de Guerra participó oficialmente tu defunción, Emory...

—Me arrearón un balazo y quedé sin sentido. Supongo que algún miembro de mi batallón me vería caer y pensó que estaba muerto. Como luego se produjo una retirada y perdimos las posiciones, ese individuo comunicaría al mando la noticia de mi muerte. Los rojos no se molestaron luego en comunicar mi prisión.

—Y después te soltaron, Emory.

Me puse las gafas nuevamente.

—Así fue, Ferdy.

—¡Hoy estallará una bomba en la ciudad cuando se sepa, Emory! —aseguró el abogado—. ¡Qué noticia para los periódicos! ¡Espera, llamaré

al *Inquirer*...!

Alargó su mano liada el teléfono, pero detuvo su gesto apenas iniciado.

—¡Espera!

—Pero, Emory —protestó mi amigo.

—Aguarda todavía —dije—. Aún es pronto para que nadie sepa que estoy, en Cantrell Bluff de nuevo. Escucha: si no te digo mi nombre, tú no me hubieras reconocido, ¿verdad?

—¡Que el diablo me lleve si pensé por un momento que podían ser Emory Aldriss hasta que me lo dijiste tú mismo!

—Lo cual significa que a cualquier ciudadano de Cantrell puede sucederle lo mismo, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! Pero no entiendo por qué quieres ocultar, tu regreso.

—Te lo explicaré en pocos momentos. Ferdy, ¿qué sabes tú de *Creasy House*?

Mi amigo repitió el nombre con aire pensativo.

—¿Te refieres a esa casa que hay a cuatro millas de la ciudad, hacia el Nordeste?

—Justamente.

—Es muy poco lo que puedo decirte. Los Creasy viven en ella desde hará unos cuatro años. La vieja está, inválida y su hijo más loco que todos los locos juntos. Parecen tener algo de dinero, porque: el viejo no trabaja; aunque, desde luego, tampoco andan muy sobrados del vil metal.

—De modo que tienen un hijo loco —musité—. Debe ser el tal Dennis.

—¿Dennis? Bueno, quizá sea ese nombre. Yo no lo he sabido nunca y, por supuesto, tampoco me he preocupado mucho por averiguarlo.

—¿Sabes si lo visita algún siquiatra?

—Creo que sí. El doctor Zanthar. El podría darte más detalles...

—¿Zanthar? No he oído ese nombre en mi vida.

—Es un húngaro. Escapó de Budapest cuando los rusos empezaron a soltar cañonazos a diestro y siniestro y terminó por aterrizar aquí. La gente de Cantrell Bluff dice que es un buen siquiatra. Oye —exclamó mi amigo de repente—, ¿por qué te interesas tanto por ese fulano y su paciente?

—El coche se me estropeó cuando venía a la ciudad —contesté—. Tuve que pedir alojamiento en *Creasy House*. Además de los nombrados, conocí también a una encantadora joven, viuda de un paracaidista muerto en Corea. ¿Has oído hablar de Joan St. Vreran?

—Sí, muy vagamente. Incluso la he visto en la ciudad un par de veces. Es muy hermosa, desde luego. Pero, ¿qué pasa? ¿Puedes contármelo de una vez, Emory? ¡Me tienes sobre ascuas!

—Michael Creasy me enseñó el retrato del difunto St. Vreran. Ella me lo enseñó también. Los dos sostienen que es la fiel reproducción del esposo de Joan. ¡Pero es una copia de la fotografía que me hice yo en el estudio de Husser una semana antes de marchar a Corea!

Chisholm me contempló con airé estúpido.

—¡Emory!

—No, no me he vuelto loco —rezongué—. Esos malditos comunistas me hicieron padecer mil perrerías e incluso hubo ocasiones en que creí llegaría a perder la razón. Sin embargo, mi facultad de raciocinio es absolutamente normal, Ferdy.

—¡Diablos! No lo entiendo. ¿Qué se propone esa gente al actuar de semejante manera?

—Eso es lo que me preocupa, Ferdy —dijo—. Y por lo mismo, te encarezco no divulgues la noticia de mi llegada a Cantrell Bluff. Mientras no se haya resuelto todo —y, como puedes comprender fácilmente, tengo un vivo interés en conseguirlo—, seguiré estando muerto oficialmente. Por eso mismo me he registrado en el hotel “Town & Country” como Emil Alderness.

—¿Significa lo que acabo de oír que piensas investigar las razones por las cuales tu fotografía ha resultado en la de St. Vreran?

Me puse en pie.

—Exactamente, Ferdy. Confío en ti, por eso vine a verte antes que a nadie. Guárdame el secreto, te lo suplico.

Chisholm estrechó mi mano con fuerza.

—Descuida, Emory.

Y ya iba a salir cuando, de pronto, recordé una cosa,

—Ferdy, ¿qué ha sido de Martha?

Chisholm enrojeció profundamente.

—Lo siento, Emory —dijo, muy turbado—. Martha., Martha y yo... Bien, alguna vez tendrías que saberlo... —respiró profundamente—, de modo que es mejor que conozcas la verdad cuanto antes. Nos casamos hace dos años. —Extendió sus manos hacia mí con actitud suplicante—. Compréndelo, Emory; la Secretaría de Guerra te había dado oficialmente por muerto.

Traté de dominarme. Incluso sonreí.

—O.K., Ferdy —contesté—. No te preocupe». La vida tiene que seguir su curso. Honradamente, no se podía exigir a Martha una existencia de renunciación hasta su muerte. Espero que seáis muy felices.

—Oh, en cuanto a eso, puedes tener la seguridad de que lo somos. Ella me ama y... Tenemos un chico de casi un año. Se llama como yo —exclamó orgullosamente.

—Felicitaciones a los dos —dije. Y salí del despacho, convertido en el héroe amargado que vuelve a la patria tras larga ausencia y ve derrumbarse en un santiamén las ilusiones merced a, las cuales se ha sostenido con ánimo durante los largos años de cautiverio.

En la puerta del edificio, situado en Brewster Avenue, encendí un cigarrillo. Aspiré el humo profundamente. Sí, la vida tenía que seguir su

curso. Martha había creído en mi muerte y, nada más natural, accedido a las pretensiones de Chisholm. Un hombre joven, agradable, con un buen bufete de abogado, siempre ofrecía las garantías de una vida cómoda y sin sobresaltos. ¿Por qué esperar a otro? ¿Por qué vivir eternamente del recuerdo de alguien que ya no iba a volver?

Caminé unos cuantos pasos y busqué un teléfono público. Hojeó la guía hasta hallar el nombre del siquiatra. Marqué su número y esperé a que me contestaran.

—Consultorio del doctor Zanthar —dijo una voz femenina.

—Me llamo Emil Alderness —manifesté, dando mi nombre ficticio—. ¿A qué hora puede recibirme el doctor?

—¿Es para un asunto profesional? —pregunto la recepcionista.

Medité unos segundos. ¡Qué diablos!, en el fondo lo era.

—Sí, claro.

—Un momento. Consultaré la agenda... Lo siento, señor Alderness; el doctor Zanthar no tiene hora libre hasta dentro de tres días, a las seis de la tarde.

—¡Pero...! —exclamé furiosamente.

—Repito que lo lamento, señor Alderness —dijo la enfermera con corta inflexibilidad.—. ¿Quiere que la anote para el jueves a la hora mencionada?

—Está bien, si no puede ser antes... Gracias, señorita. —Y colgué; bastante enojado por aquel simple contratiempo.

Reflexioné unos instantes. Luego resolví que debía visitar sin pérdida de tiempo a Jerry Mob.

La gente de Cantrell Bluff, que posee cierta natural tendencia a la exageración, decía de Jerry Mob no ya que había fundado la ciudad, sino que había llegado a América antes que Cristóbal Colón. Lo cierto era que Mob era una enciclopedia viviente en todo cuanto se refería a Cantrell Bluff y que la ciudad no se concebía sin aquel simpático vejete, cuya vivacidad parecía aumentar con el paso de los años. Debía tener unos ochenta, poco más o menos, pero mantenía el espíritu y la acometividad de un joven de treinta.

Además, cosa importante para mí, era vendedor y corredor de bienes raíces. Todos los edificios y terrenos importantes de la ciudad habían pasado por sus manos, para ser adquiridos o vendidos, y de ahí que después de mi fracaso en concertar la cita con el siquiatra, me dirigiese a ver a Mob cuanto antes.

Estoy seguro de que si hubiera facilitado mi nombre verdadero, Mob me habría recibido mucho antes; pero quería seguir ocultando mi auténtica personalidad y por ello hube de hacer casi una hora de antesala.

Finalmente, una pizpireta secretaria me introdujo en el despacho de Mob. Estaba lo mismo que cuando me marché a la guerra; incluso diría

que cuando correteábamos por las calles de la ciudad. Cuello duro, calva sonrosada, dos docenas de cabellos como la nieve, gafas de pinza, una agradable aunque levemente irónica sonrisa y una tez casi de chiquillo; tales eran las principales características fisonómicas de Mob.

Me saludó afectuosamente. Dije;

—Me llamo Alderness, Emil Alderness, y estoy realizando ciertas investigaciones acerca de una propiedad llamada actualmente *Creasy House*. Desearía todos los informes posibles acerca de dicha propiedad y, por supuesto, estoy dispuesto a abonarle la cantidad que usted lije en concepto de honorarios por la pérdida de tiempo que voy a ocasionarle, señor Mob.

Soltó todo el párrafo de una tirada. Mob me miró agudamente por encima de sus gafas y contestó:

—La propiedad es muy antigua, señor Alderness. En principio fue construida por un colono inglés, llamado Brian Henderson. Esto fue hacia el 1750 aproximadamente. Sus sucesores mantuvieron la propiedad durante cien años, poco más o menos, en que murió el último de los Henderson, sin dejar heredero directo. Pasó después a manos de un tal Jeremy Castleton, quien, la poseyó por espacio de cuarenta años. Castleton tenía un hijo, que murió en la guerra hispanoamericana de 1.898, Era también el único heredero y cuando el viejo Castleton desapareció de este mundo, no sé presentó nadie a reclamar la herencia. La casa quedó abandonada, y poco a poco se fue arruinando; usted ya sabe cómo se estropea un edificio cuando no hay nadie que se cuide de él.

Moví la cabeza en señal de asentimiento. Mob continuó:

—Era ya una pura ruina cuando hará unos cinco años se presentó un tal Henry St. Vreran y la compró, Tuvo, que pagar un montón de atrasos por impuestos., cosa que solucionó vendiendo buena parte de las tierras que rodeaban el edificio. Me dejó una suma conveniente y el encargo de que reparasen la casa y la dejaran tal como estaba en un principio. Así lo hice y luego rendí cuentas a su viuda, cuando vino a establecerse en *Creasy House*. Ah, olvidé decirle que Henry St. Vreran murió en Corea, a poco de haber comprado la propiedad. Ahora viven unos parientes con la viuda, pero son gente retraída y que se deja ver muy poco por la ciudad. Ella es muy hermosa, según tengo entendido. ¿Por qué te interesas tanto por la chica, Emory Aldriss?

CAPITULO IV

La pregusta de Mob me dejó frío.

El agente de fincas soltó una risita.

—Puede que hayas engañado a los demás, Emory Aldriss, pero no a mí. ¿Pensabas acaso dar una sorpresa a Martha Grant? Ahora es la esposa de tu mejor amigo.

—Lo sé —contesté sombríamente—, ¿Cómo diablos ha podido reconocermé usted?

—Olvidas que soy gato viejo, Emory —contestó Mob, sin dejar de sonreír—. Las gafas y la ausencia de bigote te hacen irreconocible, pero hay una cosa que no puedes disfrazar: la voz, y yo tengo una memoria excepcional para todo,

—Debí haberlo pensado, señor Mob —dije con tono lamentoso,

—Bien, no te preocupes, chico —contestó el agente de fincas con tono amistoso, animador—. Supongo que cuando usas otro nombre, tendrás alguna razón para hacerlo, ¿Qué te sucede con la viuda de St. Vreran?

Le conté todo lo que me había pasado. Mob escuchó en silencio, mientras tabaleaba con los dedos sobre la mesa. Al terminar, comentó:

—¡Sí que es extraño! Conocí a St. Vreran y no se parecía a ti ni por el forro. Era de mediana estatura, más bien bajo, achaparrado, de cejas como matorrales y puños que parecían jamones. ¿Coma diablos pueden tener tu fotografía sobre el piano?

—Eso es lo que más me preocupa, señor Moto. Tengo la sensación de que en *Creasy House* se está fraguando algo “non sancto” y me gustaría llegar al fondo del asunto, sobre todo teniendo en cuenta que, aunque de una manera indirecta, estoy mezclado en ello.

—Es cierto —concordó Mob—. Y ¿qué piensas hacer?

—Por ahora, no tengo la menor idea. Había pensado hablar con el doctor Zanthar, pero estamos a lunes y hasta el jueves no me recibirá.

—Zanthar es un siquiatra bastante reputado en la ciudad —observó el agente de fincas—. Podría decirte algo, pero me temo que no se muestre tan cooperador como yo. Los médicos, y más los siquiatras, suelen ser muy

reservados, a menos que se apoyen las preguntas con un mandamiento judicial. ¿Tienes tú idea de que se haya cometido o se vaya a cometer algún crimen en *Creasy House*?

Desalentado, hube de admitir que no. Entonces, Mob dijo;

—Me gustaría tener tus años para revolver el mundo entero, Emory. De todas formas, conoces bien *Creasy House*. Cuando eras pequeño, jugabas muchas veces en sus ruinas con Chisholm y Otros amigos. Yo recuerdo haberos echado de allí en más de una ocasión.

—Es cierto —contesté con una sonrisa—, Bien, señor Mob, no quiero hacerle perder más su valioso tiempo. Espero —manifesté con cierta ansiedad— que no dirá a nadie que estoy en Cantrell Bluff. Hasta ahora, sólo usted y Chisholm lo saben.

—Seré tan discreto como una tumba, muchacho. Va tranquilo. —Me estrechó la mano con afecto no disimulado—. Y, por supuesto, me alegro infinito de que hayas vuelto. Sentí mucho la noticia de tu muerte, falsa afortunadamente, Tanto —añadió con intención—, como lo de Martha.

Sacudí la cabeza.

—Ya no importa. No se le podía pedir que mantuviera siempre encendido el fuego del amor por un muerto.

—Sí —suspiró Mob.

Estaba ya en la puerta, cuando me acordé de una cosa.

—La enfermera citó a un tal Randall. ¿Lo conoce usted?



--Pero yo no había estado casado nunca

Mob levantó un ojo al techo.

—Es el dueño de un tugurio llamado "Las Tres Parcas". No sé qué diablos de idea le dio para ponerle un nombre tan siniestro. Al principio sólo acudían tahúres y hampones. Pero luego les dio por acudir a las gentes de la buena sociedad, ya sabes, por eso de los contrastes, y el

resultado es que Randall está haciendo un buen negocio. Randall iba a reformar el local, pero alguien le indicó que entonces perdería todo su atractivo y lo dejó como está. Desde luego, yo no entraría allí ni con traje, de astronauta —concluyó el anciano ofensivamente.

—Es que hay gente para todo —sonreí.

Una vez en la calle, sentí deseos de ver a Randall, pero me dije que lo más conveniente sería dejarlo para otro momento. Así, pues, tomé el coche y me dirigí al hotel.

En Cantrell Bluff no me reconocerían mis amistades, de ello estaba seguro, y Chisholm y Mob serían discretos, lo mismo que los habitantes de *Creasy House*. Me preocupaba un tanto la vigilancia que Randall podía ejercer sobre mí; sin embargo, esperaba cesara una vez hubiese adquirido los informes pertinentes. ¿Y si le daba por “chivarse” a algún periódico?

Claro que, bien mirado, tampoco tenía la menor importancia. Los habitantes de *Creasy House* ya debían saber quién era el hombre que había retratado sobre el piano. Y por otro lado, un día u otro debía surgir yo a la superficie. Pero, ¿por qué ninguno había dado muestras de sorpresa cuando, ignorante aún de la existencia de la fotografía, había dado ni verdadero nombre?

Así seguía pensando cuando llegué ante la puerta de mi habitación en el hotel. Abrí la puerta y en el mismo momento una mano me agarró del brazo, lanzándome con terrible fuerza al centro de la habitación.

Di unos cuantos pasos tambaleándome y acabó con un perfecto aterrizaje sobre una mesita que se hizo trizas bajo mis ochenta y cinco kilos de peso. Antes de que pudiera recuperarme, alguien me agarró por el cuello de la chaqueta, me enderezó a viva fuerza y luego disparó su puño con terrible impacto contra mi mandíbula.

Retrocedí como disparado por una catapulta; atropelló un sillón en mi camino y acabé cayendo al suelo patas arriba.

Durante unos segundos permanecí atontado, procurando sacudir de mi cerebro las brumas que lo envolvían después del puñetazo recibido. Cuando al fin hube conseguido hallar el correcto enfoque de mis pupilas, divisé a dos tipos que me contemplaban belicosamente a tres pasos de distancia,

Su aspecto era inconfundible; eran hampones, gorilas a sueldo de alguien que les pagaba por obedecer ciegamente, tipos capaces de agujerear la sesera de su propio padre a balazos, sin preguntar siquiera por los motivos. En el momento actual, me miraban con cara de muy pocos amigos y, aunque no ostentaban su artillería de modo visible, los bultos de las pistolas se divisaban claramente bajo sus chaquetas.

—Póngase en pie, Aldriss —dijo uno de ellos, con voz aflautada que cuadraba muy poco con su simiesco aspecto.

Obedecí lentamente, mientras procuraba recuperarme. ¿Por qué me

habían golpeado?

—Usted ha vuelto de Corea donde se le dio par muerto, ¿no es así? —continuó el gorila;

Moví afirmativamente la cabeza.

—Sí —dije con débil acento,

—Entonces, si no quiere morir ahora *verdaderamente* —el fulano dio a las palabras un énfasis singular—, empaque y lárguese de Cantrell Bluff antes de que llegue la media noche.

—No entiendo —murmuré—. ¿Por qué he de marcharme?

El gorila se me acercó con los puños cerrados.

—Porque lo decimos nosotros. ¿Es bastante?

Guardé silencio durante unos segundos, mientras devolvía la mirada. Sonreí para mis adentros. ¿Qué sabían aquellos infelices de los trucos que podía aprender un *marine* no sólo en el período de adiestramiento, sino también en la misma guerra?

—Bueno —dije con acento conciliador—, creo que en este país hay un derecho que se llama libertad de residencia, ¿no?

—Para usted, no en lo que se refiere a esta ciudad. Vamos, haga lo que le decimos;

—Podría negarme a ello, ¿no cree? —exclamé un tanto retador.

—¿Negarse? Sutton, ¿has oído?

—Castígale otra vez —gruñó el segundo de los gorilas—. Es preciso que le entren las cosas en la cabeza, de modo, que no pueda olvidarlas.

—O.K., Sutton.

El gorila que tenía frente a mí disparó su puño, En esto cometió un error.

Ladeé ligeramente la cabeza hacia la izquierda, dejando que el puño pasara inofensivamente por el hueco que hay entre el cuello y el hombro. Acto seguido, giré hacia mi derecha, a la vez que agarraba aquel brazo con ambas manos.

Continué girando. Metí el hombro izquierdo y tiré aún más del brazo. El gorila lanzó un grito convulsivo al verse volar por los aires. Tuvo la suerte de chocar con el otro sillón, pero no por ello dejó de recibir un más qué regular golpe al término de su vuelo.

El segundo pandillero se arrojó contra mí. Este era ya más peligroso, porque buscaba golpearme con la culata de su pistola. Cuando descargó el golpe, levanté la mano izquierda y sujeté la muñeca, armada con dedos que parecían de hierro.

Acto seguido y sin dejarle recuperar de la sorpresa, moví mi puño derecho, pero no de frente, sino utilizándolo a modo de maza. El golpe impactó justo entre sus ojos. Oí un crujido de hueso; seguramente le había partido la nariz. El gorila boqueó un segundo y luego se desplomó, redondo al suelo.

Escuché ruido a mi espalda. El otro fulano se había recuperado y cargaba de nuevo contra mí. Le recibí adecuadamente.

Un demoledor derechazo al estómago cortó en seco sus ímpetus. El segundo golpe fue al lugar situado directamente bajo la oreja. El gorila bizqueó dos o tres veces, se balanceó a derecha e izquierda otras dos veces y acabó por quedar cruzado sobre su compinche.

Les quité las pistolas cerciorándome de que no disponían de más armas. Luego me senté en un sillón a esperar.

Hube de consumir dos cigarrillos antes de que empezaran a rebullir. No les había pegado demasiado fuerte; de lo contrario, habría tenido que responder de dos homicidios ante un tribunal; los golpes asestados así son mortales si se pone mucha fuerza en ellos.

Se sentaron en el suelo, completamente aturdidos, sin saber siquiera lo que les había sucedido. Cuando se dieron cuenta, estaban encañonados por un "Smith & Wesson" de cañón corto y calibre 38.

—Bien, queridos amigos —dije fríamente—. La tortilla ha dado una vuelta completa. En lenguaje vulgar, suele decirse "ir por lana y salir trasquilado". Supongo que os habrá enviado Randall, ¿no es cierto?

Su gesto de sorpresa confirmó lo certero de mi puntería. Pero cerraron los labios, como indicando que no estaban dispuestos a hablar de ningún modo.

—Oh, no me importa. Ya calculo que sois fieles al amo que os echa los huesos para que podáis comer. Bueno, ¡largo de aquí!

—Volveremos a vernos, Aldriss —gruñó el llamado Sutton.

—Ya lo creo —exclamé—. Antes, quizá, de lo que os imagináis. Decidle a Randall que irá a verle cualquier rato que tenga libre, no sé cuándo; esta noche, mañana..., cuando me apetezca.

—Sí se acerca por "Las Tres Parcas", puede que no salga con vida —bravuconeó el otro gorila.

—Si me enfadáis mucho, es posible que antes de mañana no quede de "Las Tres Parcas" más que el solar —dije en tono similar. Moví el revólver—. ¡Largo, bastardos!

Sutton y su compinche se marcharon profiriendo mil maldiciones. Estaba seguro de que no tardaríamos mucho en vernos.

Cuando me quedé solo, empecé a pensar que Randall tenía respecto a mí otros propósitos que los simples de investigar acerca de mi posición. ¿Por qué diablos había de largarme de la ciudad? ¿Tanto estorbaba mi presencia a los Creasy?

Eran las diez de la mañana del día siguiente y aún no había podido resolver tan fascinador problema.

Entonces, cuando me disponía a salir, alguien llamó apresuradamente a la puerta.

—¡Entre! —dije, colocando el revólver al alcance de mi mano.

La puerta se abrió y cerró rápidamente. Parpadeé asombrado, al reconocer a mi visitante.

Era Joan St. Vreran.

CAPITULO V

La, joven se apoyo contra la puerta. Jadeaba, y su pecho subía y bajaba rápidamente, resultando con turgentes relieves contra la tela del vestido negro que cubría su espléndido cuerpo. El vestido, muy ajustado, carecía apenas de mangas y tenía un escote que llegaba al nacimiento del seno. Sus ojos me miraban con expresión aterrorizada.

—¡Señora St. Vreran! —dije, tratando de ocultar mi sorpresa.

—He venido a verle, señor Aldriss —manifesté, con voz entrecortada—. Ellos no saben que estoy aquí...

—¿Ellos? ¿A quién se refiere usted?

Joan movió la cabeza.

—Es igual —contestó—. Sólo quiero decirle una cosa. Váyase, váyase de la ciudad, antes de que sea demasiado tarde. Si no se marcha, serán capaces de matarle.

Sus palabras me produjeron un enorme sobresalto,

—¡Diablos! ¿Los Creasy quieren matarme?

Joan se mordió los labios.

—Por favor, no me obligue a hablar más. Ya le he dicho cuanto podía decirle...

—Eso no es cierto —la interrumpí de pronto.

La joven me contempló con asombro.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que oye, señora St. Vreran.

Avancé hacia ella y la tomé de la mano, una mano fría, helada. Los ojos de la muchacha estaban clavados en mi rostro.

Conduje a Joan hasta el diván. Serví dos copas y le entregué una. Él vidrio tintineó al chocar con sus dientes.

—Serénese, señora, se lo ruego. —Encendí dos cigarrillos y le ofrecí uno, que ella aceptó con mano temblorosa—, No tengo nada contra usted ni sus tíos, aunque, lógicamente, hay algunas cosas que me interesa averiguar.

—No puedo decirle nada, lo siento —contestó ella con voz temerosa,

—¿De verdad? Escuche, señora: agradezco sus buenas intenciones, pero

hay una cosa que deseo que me aclare.

—Repito qué no puedo...

—«Déjeme hablar —corté con cierta aspereza—, Ayer vi la fotografía de su marido sobre el piano. ¿Está segura de que esa fotografía es la de Henry St. Vreran?

Joan irguió el busto.

—¿Qué es lo que está tratando de insinuar, señor Aldriss? —exclamó,

—No insinúo nada, lo afirmo. La fotografía que usted hace pasar como la de su esposo, me pertenece a mí. Yo soy el hombre retratado y no Henry St. Vreran.

Ella me contempló como si estuviese hablando con un loco.

—¿Usted... el hombre retratado? —Y de repente rompió a reír. Era la suya una risa histérica, convulsiva; casi demencial.

Aplasté el cigarrillo contra un cenicero y la tomé pos los hombros, sacudiéndola con fuerza.

—¡Señora St. Vreran! —grité.

Ella se puso en pie con gesto tan brusco, que estuvo a punto de derribarme hacia atrás.

—¡Suélteme! —gritó, con ojos llameantes de indignación—. ¡Suélteme, le digo! De todas las cosas que he oído en mi vida, esa es la más absurda. Decirme que aquella fotografía no es la de mi difunto esposo. ¿Por quién me ha tomado usted?

—Por una loca, sin el menor género de dudas —respondí impasible.

—Me está insultando, señor Aldriss —dijo Joan fríamente;—. Vine a ayudarle... y ese es el pago que recibo. Bien, ya no puedo seguir soportándole un solo instante más.

—¡Espere!

Corrí hacia la puerta, cerrándole la salida.

—Ah, no, no —exclamé enérgicamente—. Usted no se irá de aquí sin antes...

Cuando quise darme cuenta de lo que hacía ella, me encontré con que había abierto el bolso y me encañonaba con una diminuta pistola niquelada calibre 32.

—Si no me deja pasar, le mato —dijo con voz tensa.

—Y luego se rasgaría las ropas para decir a la policía que había actuado en defensa de su virtud —exclamé sarcásticamente.

—No se me había ocurrido, pero, en efecto, sería una buena idea— confesó ella—. ¡Apártese!

Me eché a un lado. Ella fue a salir pero se distrajo una décima de segundo, lo justo para que atrapase su muñeca e hiciera saltar la pistola por los aires, después de una breve sacudida.

Joan gritó. Corté el grito por el expeditivo procedimiento de pegar mis labios a los suyos. Ella forcejeó, pero sus intentos por liberarse resultaron

inútiles.

Me separó un paso, sonriendo con desvergüenza.

—Las viudas de guerra han sido siempre mi debilidad —dije.

Ella me soltó una espléndida bofetada.

—Mi amor, ha subido en cincuenta grados más, señora St. Vreran —reí alegremente—. Un día de éstos iré a su casa y cambiaré la firma de la dedicatoria de la fotografía. Pondré *Emory* en lugar de Henry, ¿qué le parece?

Joan no contesto directamente.

—Ya le he advertido, señor Aldriss. Váyase de la ciudad o le matarán.

—Correré semejante riesgo sólo por volver a verla a usted.

—Lo considero extremadamente difícil —dijo ella fríamente. Y sin añadir una sola palabra de despedida, se marchó.

Recogí la pistolita que se le había caído. Pensé en darle alcance para devolvérsela, pero, pensándolo mejor, me dije que así tendría un pretexto para ir a visitarla a *Creasy House*. Después de unos momentos de vacilación, salí a la calle.

Poco más tarde, me encontraba a veinte metros de "Las Tres Parcas". Detuve el coche, corté el contacto y tras echar el freno de mano, salté a la acera.

Recorrí a pie aquel trecho. Entré en el local que era, tal como me había dicho Mob, un verdadero garito.

En aquellos momentos, la clientela era muy escasa. Dos tipos en el mostrador, una buscona en una mesa y tres fulanos con aspecto de camioneros jugando una desmayada partida de cartas, eran toda la clientela de aquel antro. Había un *barman* tras el mostrador y un hastiado camarero sentado ante una mesa, con la misma expresión que tendría si estuviese velando un cadáver.

Me senté frente al camarero. El tipo me dirigió una mirada lánguida.

—¿Whisky? ¿Cerveza? ¿Ginebra? —recto con voz fonográfica.

Le enseñé uno de a veinte.

—Randall.

—No está.

—Búsquelo.

—Si le molesto ahora, me pondrá de patitas en la callé.

Agregué otro de veinte..

—Randall no hará nada de eso, Tom. Dígale que la traigo un recado de parte de Louise. Ah, y búsqieme un reservado.

El camarero pareció considerar el valor de aquellos cuarenta dólares. Finalmente, me contestó:

—Vaya al número 5. Y no me llame Tom; es un nombre que detesto.

—Pues, ¿cómo se llama?

—Prefiero no decírselo. También lo detesto —contestó el tipo con

negro humorismo—. ¿Le llevo algo de beber al reservado?

—Ya lo dirá su jefe —murmuré.

Entré en el reservado. La puerta era sólida y los tabiques gruesos, cosa que permitía una relativa insonorización del lugar. Encendí un cigarro y me senté a esperar.

Randall tardó en llegar casi treinta minutos. Cuando entró, parecía muy enojado.

Era un tipo de unos cuarenta años, fornido, pero tendente a la obesidad. Vestía bien, aunque claramente se veía que era un pandillero secundón que se había topado, sin saberlo, con una racha de buena suerte. Quizá, con el tiempo, aspirase a dominar la ciudad; de momento, sólo estaba en los comienzos.

—¿Es usted el que me trae el recado de Louise? — preguntó suspicazmente,

—Sí, —Cerré la puerta con todo cuidado—. Me lo dio ella en persona.

Randall no me había visto en los días de su vida; por eso no sabía que estaba frente al hombre a quien el día anterior ordenara intimidar.

—¿Qué le ha dicho esa puerca? —gruñó—. Oiga, ¿quién diablos es usted?

—Me llamo Emory Aldriss y en cuanto al mensaje de Louise...

Todavía no se había recuperado de la sorpresa recibida, cuando le arreé un soberbio mamporro en un lado de la mandíbula que le hizo dar dos vueltas en redondo, antes de precipitarse contra la mesa y hacerla astillas bajo el peso de su cuerpo.

Sin darle tiempo a reaccionar, me fui hasta él y lo puse en pie. Luego empecé a sacudirle el polvo, hasta dejarlo convertido en unos zorros. Cuando terminé con él, sangraba por boca y narices y parecía la imagen viva del abatimiento.

En la guerra y en la, prisión, uno aprende muchas cosas, ninguna de ellas buena para la vida civil. Por eso yo sabía cómo zurrar a un hombre, castigándolo a fondo sin causarle la pérdida del conocimiento; hartas veces había pasado yo por un trance similar.

Randall me contempló con ojos turbios. Aún no estaba muy seguro de lo qué le había sucedido.

Me inclinó agresivamente hacia él.

—Se lo repito por si antes no me oyó con claridad. Me llamo Emory Aldriss y no sólo no pienso marcharme de Cantrell Bluff, sino que me quedaré aquí para siempre. Vivo, claro está, ¿me ha entendido? ¡De modo que si alguno de los dos ha de empacar, ése es usted, maldito hijo de perra.

A una gente así no se la puede tratar de otro modo. Terminé mi perorata con un fenomenal rodillazo en plena nariz —Randall estaba aún sentado en el suelo— y me marché.

Al salir vi al camarero que me había atendido.

—Si señor Randall ha dicho que no se le moleste en media hora.

—O.K. —contestó el tipo sin inmutarse.

Fuera del local, respiré a mis anchas. Tomé el coche y regresé al centro, buscando Hill Road. No tardé mucho en hallar, el estudio fotográfico de Husser,

Husser no me reconoció, por supuesto. Le salude, presentándome como Émil Alderness y preguntándole si tenía alguna fotografía de Emory Aldriss.

Husser empezó a pensar. Al cabo de un rato, contestó:

—Se trata da un tipo que murió en Corea. ¿Por qué se interesa tanto por él, amigo?

—Estoy escribiendo una historia —dijo con desfachatez—. Estuve también en Corea, con Aldriss, y deseo narrar lo que nos sucedió a todos cuantos intervinimos en los combates en que Aldriss tomó parte. El murió en uno de aquellos fregados.

Husser suspiró.

—Sí, los comunistas los armaban buenos, creo. Aguarde un momento. Veré qué tengo por mi archivo.

Se metió adentro y permaneció fuera de mi vista cosa de quince minutos. Al cabo regresó con aire desalentado.

—Lo siento, me es imposible complacerle, señor Alderness. Vendí la única fotografía que me quedaba, así como el negativo, hará unos cuatro o cinco años.

—¿A quién? —pregunté rápidamente.

—A Henry St. Vreran.

—¿Puede decirme la fecha exacta?

Husser me la dijo. Hice un cálculo; Henry St. Vreran no había podido adquirir la fotografía, por la sencilla razón de que ya estaba muerto en aquel entonces.

Esto significaba una cosa: alguien se había hecha pasar por Henry St. Vreran. ¿Con qué objeto?

—¿Le dijo para qué quería la fotografía? —inquirí.

—Sí. También estaba, redactando una historia. No se para qué diablos querría la fotografía, pero como no encontré nada malo en sus manifestaciones, se la vendí. Tengo anotado el precio...

—Eso no importa —atajé al fotógrafo—. Dígame ahora qué aspecto tenía el tal St. Vreran.

Husser se tomó la barbilla con la mano derecha, en actitud reflexiva.

—Era de mediana estatura, más bien bajo, de brazos como troncos de olivo y cejas muy espesas. Entonces tendría unos treinta y cinco años de edad, aunque con semejante aspecto, lo mismo podía tener diez más que diez menos. De un tipo así es muy difícil calcular la edad, señor Alderness.

La descripción que Husser me había hecho de St. Vreran cuadraba por

entero con la que ms había hecho Jerry Mob. .El comprador de *Creasy House* y el de la fotografía eran una misma persona.

Me despedí de Husser con una amplia sonrisa.

—Muchas gracias —dije. Y salí a la calle.

CAPITULO VI

A las diez de la noche de aquel mismo día, volví a *Creasy House*.

Naturalmente, no usé la puerta principal; hartó sabía que era allí un indeseable. No, usé otro camine de acceso a la mansión, camino que, estaba seguro, muy pocos conocían en Cantrell Bluff,

Detuve el automóvil a media milla de la casa y cubrí el resto a pie. Cien pasos antes de llegar al camino que conducía de la carretera al edificio, torcí a la izquierda.

Lloviznaba, pero el agua que caía era mucho menos intensa que el día anterior. De todas formas, me había provisto de un buen impermeable, sombrero de tejido de goma y chanclos. En la mano derecha llevaba una linterna del tamaño de un lápiz, una especie de hoz, una piqueta y algunos otros elementos que podían serme necesarios en la labor que iba a emprender en *Creasy House*.

Seguí en línea recta durante unos doscientos metros y luego torcí en ángulo recto hacia la derecha, en sentido paralelo a la casa. La hierba y el leve rumor de la menuda llovizna apagaban cualquier ruido que pudiera hacer al pisar,

Al recorrer cien metros más, reduje mi paso. Disparé la linterna un par de veces, procurando orientarme. Traté de echar mano de mis recuerdos infantiles, cuando Chisholm, yo y otros cuantos pílleles correteábamos por lo que entonces eran ruinas de una antigüedad que se nos antojaba romana.

A corta distancia divisé un montículo alargado de escasa elevación, apenas el doble de la altura de un hombre corriente. Caminé lentamente, procurando asentar bien cada pie antes de dar el paso siguiente.

Do pronto me pareció encontrar una falla en el suelo. Pise un par de veces para convencerme de que no se trataba de ninguna ilusión. Para mayor seguridad, me arrodillé en el suelo y empecé a apartar los hierbajos con las manos.

Toqué la fría superficie de un peldaño de piedra, oculto por los vegetales que habían crecido libremente en aquel paraje abandonado. Sonreí satisfecho en la oscuridad; mi memoria seguía siendo excelente,

pese a todos los esfuerzos de los comunistas por “lavarme” el cerebro a su gusto.

Tomé la hoz y empecé a segar los matojos. Al cabo de un rato, la entrada quedó libre. Recobré la linterna y la piqueta y, con la primera, alumbré una arruinada escalera de peldaños de piedra que se perdía en las entrañas de la tierra.

La escalera, en estado normal, constaba de una treintena de peldaños, pero la acción implacable del tiempo había destruido muchos de ellos. Entre losa y losa crecían las plantas libremente y en algunos puntos el agua, penetrando por los intersticios, había ablandado el terreno sobre el cual se asentaban los escalones, haciendo que éstos cedieran y convirtiendo el descenso en algo difícil y peligroso si no se hacía con cuidado. El final de la escalera estaba también cubierto de abundante vegetación y me costó un buen rato de manejar la hoz antes de poder pasar al otro lado.

Al terminar, me encontré ante la boca de un angosto túnel de mampostería, de bóveda semicircular, de dos metros y medio de altura por uno y medio de anchura. Seguramente procedía de los tiempos primitivos, cuando los antiguos dueños de la propiedad necesitaban protegerse tanto de los ataques de los indios como de los ingleses en la Guerra de la Independencia. Ahora hacía muchísimos años, quizá un siglo, que no se utilizaba aquel túnel, habitáculo de ratas, arañas y murciélagos. Los últimos en pasar por allí habíamos sido nosotros, en nuestros juegos infantiles, pero de ello hacía ya casi un cuarto de siglo. Seguramente, ni Ferdy Chisholm ni los demás compañeros de correrías infantiles se acordaban ya de la existencia del túnel.

Caminé durante unos cincuenta metros, al cabo de los cuales me encontré ante otra escalera de peldaños de piedra. Subí doce de éstos y, bruscamente, una puerta de gruesos tablones de roble me cerró el paso.

Examiné la puerta atentamente a la luz de la linterna. Era reciente, lo cual indicaba que se había colocado allí después de la reconstrucción ordenada por St. Vreran. La cerradura estaba por dentro y por la parte en que me encontraba yo no veía nada que pudiera facilitarle el paso al otro lado.

Ya había contado con algo parecido; por eso me había traído la piqueta. Asesté el primer golpe y esperé un par de largos minutos.

En vista de que no oía el menor rumor, volví a golpear la puerta. Los golpes sonaban como cañonazos en aquel reducido ámbito, pero no era el ruido, sino la trepidación lo que más me preocupaba. Si la percibían los habitantes de *Creasy House*, podía decirse que estaba perdido.

No obstante, confiaba en las gruesas bóvedas de los subterráneos de la casa para que amortiguasen los ruidos de mi tarea. Cinco minutos después del primer golpe de piqueta, la cerradura había saltado.

La puerta chirrió al girar. Asomé la cabeza, recibiendo en pleno rostro una bocanada de aire húmedo y fétido. Moví la mano derecha en todos los sentidos, sin encontrar otra cosa que un subterráneo completamente vacío.

Pero la palabra vacío no es exacta en el caso presente. Había una pala oxidada, cuyo mango: estaba casi completamente podrido, una paleta y una llana de albañilería. También vi una artesa de las que se usan para componer el mortero o argamasa, y algunos ladrillos rotos y esparcidos por el suelo de arena húmeda. Esto y algunas espesas telarañas, cuyos repugnantes habitantes huían apresuradamente al recibir los rayos de luz de mi linterna, era todo cuánto había en aquel subterráneo, destinado quizá a bodega, dadas sus dimensiones y peculiar conformación.

El subterráneo medía unos veinte metros de largo por diez de ancho y tres de altura. Lo crucé en toda su extensión, rasgando algunas telarañas que me cerraban totalmente el paso, hasta llegar al pie de una escalera de seis peldaños, a cuyo término, había otra puerta de madera.

Esta puerta era también de reciente construcción. Pero aquí ya no podía arriesgarme a utilizar la piqueta, por lo que hube de sacar otra herramienta bien distinta. Tratábase de un fino berbiquí, con el cual empecé a perforar la madera. En el grupo especial de comandos de *marines*, al cual había pertenecido, nos habían enseñado muchas, muchas cosas útiles —ninguna buena, en, tiempo de paz;

Pero yo encontraba justificado cuanto hacía, de modo que ni siquiera se me ocurrió pensar en la ilegalidad de mis actos. Después de mis "roces" con Randall y sus chicos, todo me parecía bien.

Al perforar el primer orificio, saqué una delgada sierra, de bien templado acero. La introduce por el orificio y empecé a mover la mano.

Diez minutos más, tarde, había separado todo el paño de madera correspondiente a la cerradura. Ya no me quedó sino tirar de la puerta y abrirla. Veinticinco años atrás, habíamos cruzado por aquellos subterráneos sin necesidad de romper puertas; no existían, claro.

Aún había más peldaños. Era lógico, puesto que debía ascender hasta el nivel de la planta inferior de la casa, situado, más, o *menos*, a la altura del terreno. Aquí aún había otra puerta, pero ésta no se hallaba cerrada. Me bastó intentarlo para que se abriese sin más.

Al cruzar el umbral, me encontré en la cocina. Escuché durante unos instantes; el silencio era absoluto.

Había dejado todas las herramientas en la bodega, por considerarlas ya innecesarias. Sólo llevaba conmigo la linterna, el revólver del 38 arrebatado a uno de los pandilleros y, naturalmente, la pistolita de Joan St. Vreran.

Crucé la cocina en silencio y salí al vestíbulo, que se hallaba completamente desierto. Entonces llegó hasta mí un vago rumor de voces.

Orientado por el ruido, caminé hasta la puerta del comedor, que se

hallaba ligeramente entreabierta. La ranura me permitió ver un cuadro singular.

Los dos Creasy estaban en un extremo del comedor, presenciando con ojos ávidos algo que parecía ser muy interesante. No estaban solos.

Había más personas allí: la enfermera, un hombre joven, con aspecto de idiota y otro a quien reconocí en el acto, aun sin haberlo visto en mi vida.

El aspecto de St. Vreran, según las descripciones que me habían hecho de él, resultaba inconfundible. Estaba situado frente a una persona a la cual no podía ver desde mi observatorio y realizando con ella algo que en el primer momento me pareció una operación de magia negra.

St. Vreran movió sus manos, velludas como patas de tarántula, haciendo pases de magnetismo. Sus ojos relucían como carbunclos, confiriendo a su rostro un aspecto satánico.

—¡Joan! —exclamó, con voz profunda, cavernosa—, ¿Me oye usted?

—Sí, doctor.

Me estremecí por dos razones. Una de ellas, porque acababa de saber que la persona a quien no veía era la bella Joan St. Vreran y la otra, que el tipo a quien yo conocía, bajo este nombre, era el doctor Zanthar, el reputado; siquiatra local.

—Escúcheme con atención.

—Sí, le escucho.

—Sus tíos necesitan de usted, ¿me comprende?

—Sí, doctor.

—La quieren mucho. Hicieron por usted de padres, le dieron educación, comida, vestidos... Ahora es llegada la hora de que usted corresponda.

—Sí, doctor. —La vos de Joan sonaba átona, monocorde, carente de matiz alguno, como si llegase de algún remoto rincón del universo.

—Ahora ellos están en un apuro. Debe firmarles un documento.

—Lo que usted quiera, doctor.

Era evidente que Joan St. Vreran se hallaba bajo el influjo de la potencia hipnótica de Zanthar. ¿Qué pretendían de ella?

Zanthar movió la mano hacia atrás. Michael Creasy le entregó algo que me pareció una libreta.

—Aquí, Joan —dijo el siquiatra—. Debe firmar aquí...

Y le presentó una pluma, que Joan tomó con dedos lacios, sin apenas fuerza. Lo digo porque pude ver su mano, blanca, marmórea, sin rastro de vida bajo su epidermis.

Zanthar alargó la libreta hacia la joven.

—Firme, Joan.

Ella apoyó la mano sobre el papel. De repente, sufrió una fuerte sacudida y dejó la pluma.

—¡No! —clamó con voz crispada—. ¡No puedo, no puedo! ¡Henry me lo prohibió! ¡Henry me prohibió que firmara ningún documento sin estar él

presente!

La vieja soltó una terrible maldición.

—¡Cállese! —barbotó el siquiatra—. ¡Cállese o estropeará el experimento!

—¡Esa estúpida! —gruñó la señora Creasy—. No quiere firmar.

—Déjelo de mi cuenta —exclamó Zanthar—, Yo la obligaré a ello. —Tomó la pluma y se la entregó nuevamente a la joven—. Vamos, Joan, haga un esfuerzo. Firme, firme aquí.

—Pero —la voz de la joven encerraba una gran dosis de terror—, Henry me prohibió que firmase nada. Dijo que... que me mataría si... si...

—Henry está muerto. Murió en la guerra de Corea, ¿no lo recuerda, Joan? Muerto él, ya nada le liga a la promesa que le hizo. —La voz de Zanthar se endureció repentinamente—. ¡Le ordeno que firme, Joan!

Hubo una intensa pausa de silencio. Después se oyó claramente el rasgueo de la pluma al correr sobre el papel.

La vieja exhaló un grito de triunfo. Su mano se tendió como la garra de un ave de rapiña hacia el papel que Zanthar sostenía en la mano.

—¡Deme eso, doctor! —aulló.

Creasy cruzó la estancia y se acercó al siquiatra. En aquel instante se oyó un golpe sordo.

La cabeza y el busto de Joan aparecieron ante mi vista. Se había desmayado y sus negros cabellos se habían esparcido sobre el suelo del comedor.

Zanthar soltó una maldición.

—¡Bruja de los demonios! —barbotó—. Le dije que no hablase mientras realizaba el experimento.

—También la vez; anterior la sucedió lo mismo —contestó te señora Creasy con soberana indiferencia—, Dentro de veinticuatro horas se habrá recuperado por completo. Michael, ¿de cuánto es el cheque?

—Cincuenta mil —contestó el aludido, guardándoselo en el bolsillo.

—Se olviden que el veinte por ciento es para mí —dijo el siquiatra—. Diez mil, ¿estamos? Pueden engañarme; pero si lo hacen, no volverán a obtener un centavo más de esta infeliz.

—No se preocupe, doctor —exclamó Creasy con acento satisfecho—. Mañana por la noche tendrá sus diez mil.

Entretanto, Zanthar se había arrodillada al lado de la joven. Levantó uno de sus párpados y examinó atentamente la pupila.

—Hemos de subirla a su habitación, Louise. Hay que cuidarla mucho y, sobre todo, evitar el "shock" del despertar.

—Sí, doctor.

Entendí que momentos después iban a salir del comedor. Me dije que ya había visto bastante, por lo que me dispuse a regresar por el mismo camino que había seguido.

En el memento en que volvía la cabeza, algo se estrelló con fuerza brutal contra mi sien. Dentro de mi cráneo percibí un fogonazo deslumbrador, que se apagó casi instantáneamente..

Caí redondo al suelo, pero ya ni me entere siquiera de ello.

CAPITULO VII

¡Desperté mucho más tarde, sintiendo dentro de mi cabeza un zumbido atronador, que me producía una insoportable agonía. Abrí los ojos una décima de segundo y los volví a cerrar en el acto, sacudido por el deslumbrador fogonazo de una lámpara suspendida a pocos pasos de mi cabeza. Decididamente, mis pupilas estaban aún muy débiles y la enorme intensidad de la luz me dijo que había sido despojado de las gafas después de caer sin sentido.

Alguien hablaba no lejos de mí; Por la conversación, pude deducir que mi desmayo había durado bastante, horas quizá. Y el olor peculiar del aire me dijo que estaba en el primero de los subterráneos que habla atravesado para llegar a la casa.

—Lo que yo me pregunto —decía Creasy en aquellos momentos—, es cómo supo este individuo la existencia de este sótano,

—Eso da lo mismo ahora —gruñó una voz por la cual reconocí a su propietario en seguida—. Lo importante es, ¿qué hacemos con él?

—Emparedarlo —dijo Creasy.

—¡No!

Este “no” procedía de la vieja. Me quedé frío al darme cuenta de que había abandonado su sillón de ruedas y que, aunque apoyada en dos bastones con refuerzos, podía caminar.

—En absoluto —dijo la arpía—. Nada de emparedamientos,

—Pero sería lo mejor, querida —alegó su marido.

—Si no le hubieras permitido la entrada la otra noche —farfulló la vieja.

—¿Qué querías que hiciera? —Creasy se encogió de hombros—. No podía hacer otra cosa, sin aparecer como un sospechoso.

—Ahora lo eres, a sus ojos, de todas formas —gruñó Hazel Creasy—, Randall, usted se encargará de este entrometido.

—De acuerdo —dijo el aludido—, pero, ¿qué hay de la pasta? Porque a mí no me gusta trabajar gratis y menos realizar una labor como ésta.

—¿Cuánto? —preguntó la bruja escuetamente.

—Cinco de los grandes.

—¡Narices!

—Entonces, encárguese usted de él —contestó Randall abruptamente—. Vámonos, tú —se dirigió a uno de sus cómplices.

—¡Espere!

La voz de la vieja sonó como un chispazo, de alta tensión.

—¿Sí? —preguntó Randall cortésmente.

—Está bien. Cinco mil. Pero con una condición.

—Bueno. Desembuche, abuelita.

—¡No me llame así, maldita sea su estampa! —renegó la vieja—. Para usted soy y seré siempre la señora Creasy, ¿me ha entendido?

Randall rió con desfachatez.

—Bueno, bueno, no se enoje tanto. A fin de cuentas, sólo se trataba de una broma. ¿Qué hacemos con este pajarraco?

—Si lo hiciéramos desaparecer, de modo que no volviésemos nunca a verlo, ni tampoco ninguna de sus amistades, correríamos el riesgo de ser interrogados como sospechosos. Hay que evitar toda sospecha, Rancian...

—¿Un accidente?

—Exacto.

—Vi un coche detenido cerca de la casa —terció el esbirro de Randall.

—Los accidentes automovilísticos están a la orden del día —expresó la arpía—. Por cinco mil, usted puedo fraguar uno que engañe bien a la policía de tráfico, Randall.

—O.K. —respondió el forajido—. Pero a la noche, sin falta, quiero los cinco mil. En billetes, ¿estamos? De lo contrario, vendré aquí a darles un disgusto.

—Usted cumpla su parte del contrato —dijo Hazel Creasy despectivamente—. Nosotros cumpliremos la nuestra.

—Está bien. Ya lo veremos. Vamos, Sutton, échame una mano.

Sentí que me izaban a pulso entre los dos tipos.

—¿Cómo habrá averiguado este tipo que existía una entrada secreta a la casa? —se preguntó Michael Creasy reflexivamente, mientras me sacaban a través del túnel.

Seguí fingiendo continuar desmayado. Aquellos tipos no me ataban, porque, si iban a simular un accidente, las ligaduras habrían delatado que se trataba de un homicidio. Por lo tanto caminaban conmigo, confiados en mi supuesto desvanecimiento.

Y yo les dejaba hacer, porque me convenía recobrar las fuerzas. No temería nada en tanto no llegásemos al automóvil. Suponía lo que iban a hacer entonces: un golpe en la frente con un objeto contundente y luego provocar el choque del auto contra algún obstáculo situado en las inmediaciones del camino. Nada de golpes en la nuca; hubiera resultado también delator.

Sutton se quejó *de mi* peso. Yo iba tan ricamente, dejando que la lluvia

cayera sobre mi rostro y contrubuyera así a dejarme la cabeza bien despejada. El resto de mi cuerpo no había padecido, por lo que confiaba en mis músculos para utilizarlos cuando fuese preciso.

Sutton me llevaba sujeto por debajo de los sobacos y Randall iba delante, abrazado a mis piernas, que rodeaban sus caderas. Así recorrimos el espacio que nos separaba de la barretera.

La vegetación empezó a aclararse. Decidí que ya había llegado la hora de luchar por la vida. Encogí las piernas bruscamente y luego las disparé hacia adelante con fuerza terrible.

Cogido por sorpresa, Randall salió catapultado a través de unos matorrales próximos. Sutton perdió el equilibrio y ambos caímos al suelo, sobre el césped empapado de agua.

Me levanté, revolviéndome como un gato caído de un cuarto piso. Sutton trataba de incorporarse y, a la vez que profería mil maldiciones, forcejeaba por sacar la pistola.

Alargué el pie, estrelládoselo contra la garganta. El momento no era para andarse con consideraciones. La cabeza de Sutton fue arrojada hacia atrás con terrorífica violencia. Un horrible “glu-glu” brotó de sus labios: y eso fue todo. Cuando la puntera de un zapato da de lleno en la tráquea de un individuo, ya no hay más que llamar al enterrador.

Algo brilló en rojo cerca de mí, a la vez que oía el bufido de un silenciador: de pistola. Randall no quería correr riesgos.

Me lancé hacia adelante, como si fuera a zambullirme en una piscina de natación. Mi cabeza impactó de lleno contra el estómago de Randall. El rufián emitió un jadeo y cayó de espaldas, tan sin sentido como un leño destinado al fuego.

Me arrodillé a su lado. Randall estaba solamente desmayado. La lluvia no tardaría en hacerle reaccionar.

Luego volví junto a Sutton. Apoyé la mano en su pecho. El corazón latía aún débilmente, aunque con ritmo irregular. Dio una docena de pulsaciones, se paró, volvió a andar aún un par de veces y luego se detuvo para siempre.

Me puse en pie, limpiándome maquinalmente las rodilleras de los pantalones. No me gustaba lo que acababa de hacer, pero aún hubiera resultado peor que aquella pareja de rufianes hubiesen conseguido llevar sus proyectos a la práctica. Respiré hondo unas cuantas veces hasta sentirme mejor.

No me molesté en ocultar nada; ya lo haría Randall por mí cuando se despertase. Esa clase de gente no querría líos y él sería el más interesado en hacer desaparecer el cadáver de su gorila. Si me denunciaba, sería tanto como arrojar piedras a su propio tejado... y Randall no era tan tonto como para cometer una tontería semejante.

Lo que sí haría era intentar liquidarme, de nuevo. Ahora sólo dependía

de mí el esquivar sus arremetidas. ¿Cómo conseguirlo?

Sólo podía hacerlo de una forma. Media hora más tarde, me hallaba apretando, el botón de llamada de la casa de Ferdy Chisholm.

Fue Chisholm en persona el que me abrió la puerta. También abrió mucho los ojos al verme frente a él, con la ropa sucia y mojada y, en fin, convertido poco menos que en una ruina física,

—¡Emory! —exclamó—. ¿Qué diablos te ha sucedido?

—¡Déjame pasar! —rogué—. Ya te lo contaré todo.

Chisholm se echó a un lado y me condujo hasta el cuartito de estar, en donde conectó un gran reflector eléctrico, con cuyo calor empecé a secarme parcialmente la ropa. Mientras lo hacía, me sirvió una copa, cuyo contenido me entonó notablemente.

—He estado a punto de morir: —dije.

Sonó un grito sofocado. Volví la vista y me puse lentamente en pie.

—¡Emory! —exclamó Martha.

—Hola —dije de mala gana. Estaba más hermosa que nunca, pero ahora pertenecía a otro hombre. ¿Quién podía culparla por no haberme esperado, sobre todo después de haber recibido una formal notificación de mi muerte?—. Celebro volver a verte, Martha.

—Yo... yo también me alegro de que estés vivo, Emory —dijo ella. Evidentemente, estaba muy nerviosa—. ¿Queréis que os prepare un poco de café?

—Una buena idea. —aprobo su esposo. Y al marcharse ella hacia la cocina, me miró con aspecto inquisitivo—. Sigue, Emory.

Le conté parte de lo que me había ocurrido, aunque ocultándole algunos detalles que no me convenía se hiciesen públicos. Martha vino entretanto y sirvió el café.

Pude advertir que los dos esposos se encontraban bastante violentos. Aún no habían podido digerir la idea de que yo estaba vivo.

Esto me desagradó; venía a alterar los planes que me había tragado.

—Bien —dijo Chisholm—, si en algo puedo ayudarte...

Renuncié a mis propósitos, aunque procuré disfrazarlos.

—Venía simplemente a pedirte un poco de ropa limpia. He de regresar al hotel y no quiero que me vean llegar hecho un andrajoso. Ya te la devolveré más adelante...

—Olvídalo —dijo Chisholm simplemente—. Es lo menos que podría hacer por un viejo amigo. Ven a mi cuarto y allí podrás elegir.

Había pensado en esconderme en su casa, pero después de lo que había visto, cambié de idea. No, no le gustaría a Chisholm que yo permaneciera en su casa, junto a Martha, mientras él estaba en su bufete. No pasaría nada, por supuesto; pero era mejor evitar cualquier ocasión que pudiese provocar un equívoco lamentable. Con que me proporcionase ropa limpia, era más que suficiente.

En pocos momentos cambié de indumentaria. Bajé al *living*, donde se hallaban los dos esposos, tan nerviosos como en el instante de mí llegada.

—Gracias por todo, Ferdy —miré a Martha—. Es un buen chico, te lo aseguro.

—Gracias —contestó ella débilmente.

Me dirigí hacia la puerta. Chisholm me acompañó. Le vi vacilante, irresoluto, como sujeto a remordimientos por no poder hacer más en mi favor.

—Emory —dijo.

—¿Sí, Ferdy?

—Me... me gustaría poder hacer algo por ti —expresó, sin mirarme del todo a la cara—. Si necesitas dinero o algo por el estilo...

Le di una palmada en el hombro con gesto afectuoso.

—Gracias, muchacho. Cuando me repatriaron, cobré los sueldos atrasados, además de un buen pico como indemnización. Por ahora dispongo de unos cuantos miles, ¿sabes?

—Escucha, el teniente Littlejohn, de la Brigada Criminal, es un buen amigo mío. Si tú quieres...

—En absoluto, Ferdy. Lo único que deseo es que guardes un completo silencio acerca de mi llegada a la ciudad. ¿Lo harás así?

Chisholm lo prometió solemnemente. Antes de marcharme, arrojé una última mirada hacia Martha, la cual seguía en pie en el centro del vestíbulo, inmóvil como una esfinge. Pase usted cinco años fuera, esperando el momento de volver y cuando al fin lo consiga, encuéntrase a la mujer a quien amaba casada con otro; verá lo bien que le sienta.

La puerta se cerró a sus espaldas. Su golpe contra el marco me indicó rotundamente que acababa de salir para siempre de las vidas de Ferdinand y Martha Chisholm.

Regresé al hotel. El recepcionista nocturno me arrojó una mirada escrutadora. Le enseñé un billete de diez dólares que pasó a su poder sin dilación.

—Escuche amigo: el “Towm & Country” resulta un, poco caro para mí. Quiero que me indique un par de hoteles baratos y, sobre todo, discretos, ¿me ha comprendido?

—Sí, señor —contestó—. Están el “Hollis”, en el número 18 de la calle Front, el “Crossing House”, en Vernon Square, 33...

—Suficiente —corté—. Voy arriba a preparar la maleta. Tenga lista la nota para dentro de diez minutos, Sam.

—Me llamo Tom —contestó el recepcionista.

—Enhorabuena —dije, mientras me dirigía al ascensor.

Un cuarto de hora más tarde, saldaba mi cuenta. Agregué diez dólares más a la nota.

—Me voy al Polo Sur —dije significativamente.

Tom era un tipo simpático. Comprendió al momento:

—No se olvide de la ropa de abrigo —dijo con ancha sonrisa.

Treinta minutos después me había convertido en huésped del “Hollis”. Me inscribí con el nombre de Emil Alderness, pedí, una habitación apartada y silenciosa; y tras encomendar que no se me molestase por lo menos antes de las doce, me retiré al cuarto que me había sido asignado.

Quince minutos más tarde, dormía beatíficamente,

CAPITULO VIII

Me desperté alrededor de las once de la mañana. Durante unos momentos, permanecí tendido en el lecho, con un cigarrillo encendido, contemplando las volutas de humo en tanto trataba de encajar las piezas de aquel, aparentemente absurdo, rompecabezas.

Una mujer de mente débil y sugestionada, unos parientes codiciosos del dinero de aquélla, un siquiatra venal, tanto como su enfermera, un rufián al que la vida humana importaba un rábano... ¿Qué cuadro se podía componer con aquellos elementos?

Lo que más me extrañaba era que Joan hubiese aceptado como buena la fotografía de su difunto esposo. Ella juraba y perjuraba que pertenecía a Henry St. Vreran; lo había oído yo de sus propios labios, de modo que no habría lugar a dudas. ¿Quién había sido el tal St. Vreran? ¿Dónde había vivido anteriormente? ¿Qué, había hecho antes de conocer a Joan?:

A mi entender, era por este lado por donde debía iniciar mis pesquisas. En tanto no supiese más detalles del difunto St. Vreran, me resultaría imposible proseguir más adelante. Pero, ¿cómo averiguar tales detalles?

Pronto hallé la solución. Ordené que me subieran una taza de café a la habitación y mientras tanto empecé a asearme. En pocos minutos estuve listo para salir a la calle.

Lo primero que hice fue dirigirme a la oficina de Telégrafos, en donde cursé el siguiente despacho a Washington, a la Secretaría de Guerra:

“Encarezco información posible todos los antecedentes existentes ese Centro relativa paracaidista Henry St. Vreran, 505 Regimiento, 52.º División aerotransportada, muerto Kwi-San, Corea, hacia agosto 1952. Punto. Encarezco máxima urgencia. Punto. Respuesta pagada cien palabras. Fin del mensaje. — E. Alderness. Director ejecutivo *Agencia Detectives Alderness*.”

Entregué el mensaje al funcionario y aboné su importe. El hombre comentó:

—Esta agencia es nueva, señor Alderness.

—Ya lo sé —sonreí—. Por eso hago que me envíen la respuesta a esta oficina. Vendré a la tarde a recoger el mensaje de vuelta.

—Muy bien, señor.

Y de allí me fui a ver al fotógrafo Husser, pues había olvidado formularle dos preguntas.

Una de ellas era la siguiente;

—¿En qué fecha exacta vendió usted la fotografía?

—Aproximadamente...

—He dicho fecha exacta. ¿No tiene usted sus libros a mano?

—Está bien —rezongó el tipo, molesto por mi interrogatorio. Entró en su despacho y salí a los pocos momentos—. El doce de marzo de mil novecientos cincuenta y cuatro.

La vez anterior me había dicho “hace cuatro o cinco años”. La fecha concordaba, pero, sólo hasta cierto punto.

—¿Le dijo usted al comprador a quién pertenecía la fotografía?

—No, señor. La tenía expuesta en el escaparate y entró a pedírmela. Se la vendí, diciendo que pertenecía a un muchacho muerto hacía poco en Corea, pero no quiso seguir escuchándome. “Déjeme de tonterías”, dijo, o algo por el estilo. Conque le cobré dos dólares... y eso fue todo. Si anoté la fecha, fue por los de los impuestos, ¿sabe? Son muy estrictos y en cuanto uno se descuida....

Le di cinco dólares de propina.

—Esto compensa el tiempo que le he hecho perder —manifesté, después de lo cual salí a la calle.

A todo esto, el estómago empezó a recordarme que llevaba desde las diez de la noche del día anterior sin probar un solo bocado. Conque me encaminé en busca de un buen restaurante, en donde momentos más tarde emprendía el ataque contra un sólido menú,

Al terminar, aboné la cuenta. Hice también un balance de caja; me quedaban unos quinientos dólares en billetes, pero tenía un cheque del Gobierno por valor casi de diez mil. No obstante, no quería ingresarlo aun en el Banco, ya que consideraba prematuro que se propalase la noticia de mi vuelta a Cantrell Bluff. En todo caso, iría a pedirle un préstamo a Chisholm... no, no; ya no debía volver a verle más. Se lo pediría al viejo Mob; seguro que no me lo rehusaba.

Aboné la cuenta. Y cuando me disponía a salir, reparé en un comensal situado en un rincón discreto. Celebré mi buena fortuna; se trataba nada menos que del doctor Zanthar.

Zanthar comía a dos carrillos, ciego con lo que tenía en el plato, sin atender a nada más. Sólo le faltaba usar las manos en lugar del tenedor para acabar de parecer un chimpancé.

Me senté frente a él. Entonces fue cuando reparó en mi presencia.

El bocado se le atragantó. Respiró convulsivamente, tosió y hubo de recurrir a la botella de agua para no asfixiarse. Presenció tocias estas peripecias con sonrisa divertida.

—Vamos, vamos, doctor —dije—. No se alarme, no pienso causarle ningún mal.

Zanthar empezó a recobrarse.

—Si quiere hablarme, vaya a mi consultorio...

—Lo siento —le interrumpí—. Mis nervios, gracias a Dios, están perfectamente. Es de los nervios de otra persona de lo que deseo hablarle.

—Y yo no. tengo nada que comentar con usted —respondió fríamente el siquiatra, Levantó la mano—. ¡Mozo!

Estaba claro que quería largarse.

—Bien, váyase Usted, doctor. Creo que a la policía le interesaría saber por qué emplea usted sus dotes hipnóticas para tener atada la mente de una persona y sacarle dinero por dichos medios, que deberán ser empleados exclusivamente para su curación.

—No podrá; probar nada.—dijo.

El camarero había acudido y lo rechazó con un ademán de su mano.

—Eso es lo que usted cree, doctor. Hay algo que no se pueda ocultar a la policía, y ese algo es una transacción bancaria. Hoy se habrá puesto al cobro en el Banco un cheque por valor de cincuenta mil dólares, firmado por la señora St. Vieran. La policía considerará, sin duda, qué unos honorarios de diez mil dólares por unas cuantas sesiones de siquiatria aplicada son indudablemente muy elevados. Usted es bueno, que yo sepa, pero no es un Jung o un Adler. Ni el mismísimo Sigmund Freud sería capaz de firmar una minuta de diez mil dólares por atender a una paciente.

Zanthar estrujó su servilleta con gesto de ira.

—Es usted un entrometido —farfulló— y eso puede costar le caro.

—¿Me amenaza usted, doctor? —pregunté, sonriente.

—No, me limito, simplemente a...

—¿Qué le sucede a la señora St. Vieran? — pregunté—. ¿Por qué la mantiene usted en un estado de sugestión casi continuo?

—Eso no es cierto.

—No diga tonterías, doctor. Admito que pueda ser usted un buen siquiatra, pero yo he estado prisionero de los comunistas chinos durante más de tres años, y en ese tiempo se aprenden muchas cosas sobre la técnica del “lavado” de cerebro. La señora St. Vieran tiene momentos de lucidez, pero a pesar de todo, la sugestión continúa actuando sobre ella. ¿Qué pretende usted, colaborar con los Creasy en despojarla de su fortuna?

Zanthar estaba que ardía. Se daba cuenta de que mis palabras eran irrefutables y no sabía cómo esquivarme.

—Su mente está en muy mal estado —contestó, tratando de divagar—. Padeció un fuerte “shock” mental cuando le notificaron la muerte de su

esposo en Corea y todavía no se ha recobrado del todo. Eso es cuanto puedo decirle.

—Y, claro, para ayudarle a recobrase, usted colabora con los Creasy en estrujar su cuenta corriente.

—Ella tiene dinero, sus tíos no —contestó Zanthar hoscamente.

—Pero Joan no quiere firmar cheques. Usted venció su resistencia anoche de un modo brutal, tanto que llegó a desmayarse. ¡Bonita manera de curar a una paciente!

Zanthar desvió la mirada a un lado.

—Por favor, señor Aldriss —dijo.

—Ah, conque conoce usted mi nombre, ¿eh?

El siquiatra estaba como para ir a la consulta de un colega.

—Le luego... Por favor, no me haga más preguntas, no puedo contestarle.

¿A quién temía Zanthar?

Esto fue lo primero que me pregunté al ver su nueva actitud, Zanthar sabía más cosas, pero no se atrevía a contestar. ¿Por qué? El ejercía un poder hipnótico sobre Joan; pero alguien, a su vez, le presionaba y no precisamente por medios de sugestión mental.

Traté; de desviar la cuestión, siquiera fuese momentáneamente.

—Usted adquirió el edificio que hoy se llama *Creasy House* y lo hizo reconstruir por completo, haciéndose pasar por Henry St. Vreran —manifesté.

—Se equivoca usted —contestó Zanthar—. Dije que actuaba en nombre de Henry St. Vreran, que no es lo mismo. Si el agente de fincas creyó que yo lo era, la culpa no es mía.

—Es posible que sea así, aunque tengo la sensación de que me está mintiendo, doctor.

—No podría demostrarme lo contrario, señor Aldriss.

—¿De veras? Escuche: Si usted adquirió la casa, hay unos documentos en los cuales debe estar estampada su firma. Si se hizo pasar por Henry St. Vreran, allí constará; y si manifestó actuar en su nombre, también constará. ¿Qué le parece?

El rostro de Zanthar se deformó por la ira,

—¡Maldito sea! —exclamó.

—Y luego, adquirió una fotografía en el estudio de un tal Husser, situado en el número 123 de Hill Road... ¿con qué objeto, doctor? Joan sostiene firmemente que es el retrato de su difunto esposo. ¿Cómo ha sido usted capaz de imbuirle semejante idea en su mente?

—¡No me pregunte más! —clamó Zanthar, exasperado—. No siento el menor deseo de...

—Aguarde un poco, doctor, todavía hay más cosas que he dejado en el tintero. Usted llegó a Cantrell Bluff, haciéndose pasar por un médico

húngaro escapado de Budapest en el cincuenta y seis, cuando la represión de los tanques soviéticos. ¿Qué hizo, venir a Cantrell Bluff, adquirir la mansión, comprar la fotografía, todo esto, aproximadamente en el cincuenta y tres., y luego volver a Budapest, para escapar cuando fracasó la rebelión de los patriotas húngaros?

Zanthar tenía el rostro de un pronunciado color verde. Quería hablar, pero las palabras se atropellaban en su boca y se ahogaba.

Implacable, proseguí:

—Creo que a la policía de Cantrell Bluff le interesaría mucho averiguar ciertos detalles con respecto a usted e incluso a su título de médico y especialista en siquiatria. ¿Qué le parece, doctor, suelta la verdad o nos vamos a ver al jefe de policía?

—¿Por qué tiene usted tanto interés en averiguar una cosa que no le interesa en lo más mínimo?

—Por una razón muy sencilla, doctor Zanthar —contesté—. La fotografía que usted adquirió a Husser y que ahora luce sobre el piano de *Creasy House* es la que yo me hice pocos días antes de partir para Corea.

Zanthar abrió los ojos desmesuradamente. Boqueó con ansia durante treinta segundos, como si no creyese lo que acababa de oír.

De pronto, con gesto totalmente inesperado, se puso en pie y echó a correr hacia la salida.

Moví la cabeza. Zanthar estaba ya lo suficientemente blando como para soportar, otro interrogatorio. Levantaría bandera blanca en nuestra segunda entrevista, tenía la seguridad de ello.

En aquel instante escuché un terrible alarido, seguido del característico estruendo que produce un cuerpo humano al recibir el poderoso impacto de un automóvil a gran, velocidad.

La calle se pobló al instante de gritos de alarma. Corrí hacia la puerta.

Un cuerpo humano, patéticamente retorcido, yacía sobre el brillante asfalto. La sangre empezaba a confundirse con el agua que caía mansamente del cielo.

Una sirena policial ululó a lo lejos. A mí alrededor oí algunos comentarios.

—Parecía borracho.

—Se metió él mismo bajo las ruedas del coche.

—El conductor no pudo hacer nada por esquivarlo...

Encendí un cigarrillo, cubriéndolo con la mano para protegerlo de la lluvia, Zanthar ya no hablaría más.

Lentamente, me alejé de allí, pensando, estremecido, en que los Creasy tenían el brazo muy largo. Sí, demasiado largo. ¿Qué pasaría si llegaban a alcanzarme?

Consulté el reloj. Eran las tres y media de la tarde, demasiado pronto todavía para ir a recibir la respuesta en la oficina de Telégrafos.

Para: entretener la espera, me metí en un cine, del que salí tres horas más tarde. Entonces fui a ver si mi telegrama había obtenido contestación. Sí, había una respuesta. Pero no era la que yo esperaba.

"Lamentamos comunicarle no existen antecedentes soldado Henry St. Vreran en Unidad mencionada su telegrama ni tampoco otras Unidades Ejército. Fin del mensaje. — H. S. Dain, Jefe Sección Archivos “Muertos y Desaparecidos”.

CAPITULO IX

Eran las once de la noche y todavía permanecía en el mismo sitio, es decir, tendido sobre la cama, mirando al techo, mientras hacía trabajar a mi cerebro de modo continuo.

Be modo que el tal Henry St. Vreran no había muerto en Corea. Pero, entonces, ¿dónde diablos había muerto?

Una idea repentina sacudió mi mente con la fuerza de un latigazo. ¿Había existido siquiera Henry St. Vreran?

Volví a, mirar el reloj. Las once y cuarto. Estábamos aún en primavera, de modo que no amanecería antes de las siete de la mañana. Por lo tanto, disponía casi de ocho horas para practicar investigaciones.

No me había desvestido, de modo que sólo necesité ponerme en pie y caminar hacia la puerta, cogiendo al pasar el sombrero y el impermeable.

Como armamento, poseía la segunda pistola que había arrebatado a uno de los pandilleros de Randall cuando me hicieron la visita en el “Town & Country”. Era una buena automática y funcionaba perfectamente.

Abrí la puerta de mi habitación y emprendí el descenso de la escalera. Cuando ya llegaba al último rellano, escuché voces hombrunas que preguntaban al recepcionista por un tal Emil Alderness.

Me asomé con precaución. Había allí dos tipos, uno de los cuales ya era conocido por mí. El otro parecía ser de la misma cuerda. Unos segundos más tarde, se encaminaron al ascensor.

Todavía no me habían visto. Bajé aún más el sombrero sobre mis cejas y subí otro rellano, hasta alcanzar el primer piso. En el momento en que el ascensor llegaba al intervalo entre el primero y segundo pisos, abrí la puerta y el aparato se detuvo.

Los rufianes empezaron a tocar el timbre de llamada. El recepcionista salió de detrás del mostrador. Cuando cruzaba el vestíbulo, maldiciendo de la inoportuna avería, le aticé un soberbio derechazo en la mandíbula. El hombre se desmayó en el acto.

Acto seguido salí a la calle. Los rufianes quedarían bloqueados en el ascensor durante un buen rato. Antes de que pudieran enterarse siquiera de cuál era mi punto de destino, ya habría desaparecido de su vista.

Cinco minutos más tarde, rodaba a bordo de mi automóvil a toda velocidad hacia *Creasy House*. Mientras corría a sesenta millas bajo una fina lluvia, pensé que Randall debía haber desplegado todo su aparato para haberme, localizado con tan relativa rapidez.

También pensé en Louise, la enfermada de Zanthar. El médico había muerto atropellado, pero ella debía estar muy enterada de sus cosas. Sí, sería interesante una conversación con Louise.

Esta vez no cometí la ingenuidad de: dejar el coche cien, metros antes de llegar a la casa. Por el contrario, rebasé el edificio y no me detuve hasta casi media milla más allá, Si venía alguien con intenciones hostiles, no se le ocurriría mirar al otro lado del empalme, en dirección opuesta a Cantrell Bluff.

Poco más tarde, me encontraba ya en las inmediaciones de *Creasy House*. Di la vuelta al edificio, buscando un punto por el cual penetrar en el mismo; los subterráneos habían quedado descartados como medio de acceso a la mansión.

Fui tanteando las ventanas de la planta baja, hasta encontrar una entreabierta, aunque sujeta por la falleba. Saqué un cortaplumas del bolsillo, lo abrí y acto seguido lo introduje a través de la ranura. La falleba cedió en el acto.

Pasé al interior de la pieza, sumida en la más espesa oscuridad. Encendí la linterna, dándome cuenta de que estaba en el comedor.

Algo brilló de repente; era el marco de plata del retrato,

Entonces me sentí humorista. Tomé la fotografía y la desarmé en silencio. Busqué en mis bolsillos hasta encontrar un bolígrafo, taché cuidadosamente el nombre de Henry y escribí el mío en su lugar. Después dejé todo tal como estaba y continuó mi camino, alumbrándome siempre con la linterna.

Salí al vestíbulo. El silencio era absoluto. Sólo se oía el débil rumor de la lluvia que caía lentamente, sin interrupción.

Emprendí el ascenso de la escalera. ¿Cuál era la habitación de Joan?

De pronto me pareció escuchar un gemido. Apagué la linterna en el acto, pegándome al muro, mientras con la mano derecha oprimía la culata de la pistola.

Él gemido no se repitió. Me di cuenta de que algo líquido me corría por las sienes; era sudor.

Seguí mi camino hasta encontrar el corredor. Pisaba sin causar el menor ruido, atento a cualquiera que pudiera producirse en tomo mío. Al fin llegué a una puerta que me pareció era la de la habitación de Joan.

Hice girar el pomo suavemente y empujé la puerta unos centímetros, lo suficiente para introducir el extremo luminoso de mi linterna. El brazo de mórbidas líneas que asomaba por encima del embozo de las sábanas, me demostró que había acertado.

Penetré en la habitación, cerrando a mis espaldas. Luego caminé hacia el lecho. Pude darme cuenta de que Joan padecía un sueño muy agitado, y que sus labios se movían de modo casi continuo.

De pronto exhaló un gemido y se sentó en el lecho con brusco gesto, en el mismo instante en que yo encendía la luz de la mesilla. Sus ojos me miraron con expresión de espanto, desmesuradamente abiertos.

—No grite, por favor —dije.

Tenía los cabellos mojados por la parte de las sienes. Era evidente que había padecido una terrible pesadilla, la cual había culminado, con mi repentina aparición.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz llena de extrañeza—. Ah, sí, ahora recuerdo. Usted es... es Emory... Emory Aldriss.

—El mismo, Joan —decidí tratarla así, a fin de infundirle más confianza—. Escúcheme, he venido a verla con el propósito...

—¿Para qué? —Sus ojos habían perdido el brillo inicial y carecían apenas de expresión. ¿Era posible que la mente de Zanthar influyese aún en ella?

—Trato de ayudarla, Joan —manifesté—. Sus tíos la están explotando, quieren terminar de volverla loca, con el fin de apoderarse de su fortuna.

Joan se pasó la mano por la frente. Estaba sentada en el lecho, cubierta con un vaporoso camisón que dejaba transparentar sus indudables encantos. Pero ella no parecía reparar en el detalle.

—¿Mis tíos? —repitió—. ¿Loca, yo?

—Sí, escuche, Joan. Su esposo...

—Murió en Corea. Lo mataron los chinos...

—¡No es cierto, Joan! —exclamó con viveza—. He puesto un telegrama á la Secretaría de Guerra, en Washington. Mire lo que me han contestado.

Le entregué el telegrama. Ella lo leyó con expresión absorta.

¡Henry no murió en Corea. —Su voz continuaba poseyendo tonos de lejanía.

—Así es, Joan. Ya le dije que la fotografía, que tiene usted sobre el piano no es de Henry, sino la mía.

—Pero... —la joven estaba materialmente aturdida; no sabía qué hacer ni decir—. Sí, es la cara de Henry, mi difunto esposo.

—Óigame, Joan, ¿confía usted en mí?

Ella me contempló durante unos instantes en silencio.

—No se —contestó con aire dubitativo.

—Tiene qué arriesgarse, Joan —insistí—. Debe confiar en mí. Yo no pretendo causarle el menor daño...

—Henry —me interrumpió— dijo que no debía fiarme de nadie.

—¿Su marido le dijo eso?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Poco antes... poco antes de marcharse a la guerra.

—¡Pero si Henry no estuvo en Corea!

—Yo le vi vestido ya de uniforme —insistió ella.

Me senté en el lecho, convertido en un puro lío. La Secretaría de Guerra manifestaba no tener la menor noticia de Henry St. Vreran y Joan decía haber visto a su esposo vestido de uniforme.

—¿Dónde le vio usted por última vez?

—En Reading, donde vivíamos.

Reading pertenece al Estado de Pennsylvania. Y ahora nos hallábamos en el dé Maryland.

—De modo que Henry le dijo que no se fiase de nadie.

—Así fue, señor Aldriss.

La cosa se ponía cada vez más difícil. ¿Por qué se me había ocurrido meterme a deshacedor de entuertos? Y todo aquello provenía de una fotografía que yo había visto sobre el piano. ¿Qué hubiera sucedido de no haberseme averiado el coche frente a *Creasy House*?

Pero yo estaba dispuesto a llegar al fondo de aquel asunto. Había habido muertes de por medio y yo mismo estaba corriendo un grave peligro. Era preciso descubrir la tapa de aquel siniestro negocio; como fuera.

De repente se me ocurrió una idea,

—Perdone la pregunta, Joan, ¿Era rico Henry?

—Oh, sí, bastante. Poseía una fortuna próxima al millón de dólares.

—¿Ha dejó a usted como administradora de la misma cuando se marchó a Corea?

—Sí.

—Entonces era usted muy joven.

—Tenía veintíun años. Pero poseía el título de tenedor de libros y contable jurado. Podía; pues, administrar la fortuna de mi esposo sin limitación alguna. Henry me dejó los poderes legales para hacerlo. Él confiaba plenamente en mí..., pero no en los demás.

—Esto parece que se aclara ligeramente, Joan. Aunque Henry no hubiese muerto, usted podría haber seguido administrando sus bienes, por ejemplo en caso de incapacidad física o síquica.

—Ciertamente.

—Incluso podía haberle despojado impunemente de su fortuna, de haberlo deseado así.

Joan se estremeció vivamente.

—Oh, no, no; yo le amaba demasiado para cometer una traición semejante.

Empecé a ver las cosas un poco más claras. Sí, ahora me daba cuenta de por qué los Creasy habían utilizado al siquiatra para obtener dinero de la

muchacha. Sólo Dios sabía en aquellos momentos a cuánto ascendía el importe total del desfalco a lo largo de casi cinco años de presión sobre ella.

—No lo dudo, Joan —dije—. Y tenga la seguridad de que, en lo que de mí depende, pronto se verá libre de esos pajarracos que...

Me interrumpí súbitamente. La puerta acababa de abrirse sin previo aviso.

Salté fuera de la cama, al mismo tiempo que un hombre penetraba en la estancia.

—¡Dennis! —exclamó Joan.

Era el idiota. Sonreía estúpidamente, mientras que un hilo de baba se deslizaba a lo largo de la comisura de los labios.

—¡Bu... bu... bu...! —farfulló.

Joan saltó del lecho. Cubrió su cuerpo con una bata y, después de calzarse con unas zapatillas, salió al encuentro del anormal.

—Dennis, es muy tarde ya —dijo—. Debes volver a la cama, El idiota me miró con ojos turbios.

—¡Bu... bu...!

Me dio pena, francamente. Era todo un hombrón, pero física y mentalmente, valía apenas lo que un recién nacido. No soy experto en el asunto; sin embargo, me pareció que su imbecilidad era congénita.

Joan tomó a Dennis por el brazo y trató de llevárselo hacia la puerta. El idiota se resistió, a la vez que señalaba hacia mí con gestos excitados.

—¿Qué le sucede? —pregunté—. Parece como si quisiera decirme algo. Joan me miró, extrañada.

—No habla nunca, señor Aldriss —manifestó.

—Pues es evidente que trata de decirnos algo —¡Espere!

La joven se detuvo. Me acerqué a ellos.

—¿Qué te pasa, Dennis? Habla, habla sin temor.

El idiota lid estúpidamente. Su pie derecho golpeó el suelo. Luego señaló hacia uno de los muros, haciendo unos ademanes que no logré entender.

—Por favor, Dennis —insistí ella—. Es tarde ya...

Bruscamente, una persona apareció bajo el dintel. Era Blanche, el ama de llaves, la misma que me había sorprendido cuando escuchaba en la puerta del comedor. Estoy seguro de que utilizó contra mí un artificio de chiste: El rodillo de amasar.

—¿Está aquí...? —empezó, a preguntar, y de repente me vio junto a los dos.

Blanche obró tan precipitadamente, que no tuve tiempo de detenerla. Giró sobre sus talones y empezó a correr, al mismo tiempo que chillaba como una loca.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Aldriss ha vuelto, ha vuelto!

Lancé una maldición. Joan había palidecido terriblemente.

—Volveré —dije, echando a correr hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, le di una orden a la joven—: Diga que la sorprendí, que la forcé a hablar, ¿entendido?

Supongo que debió asentir, pero no pude verlo, porque corría ya escaleras abajo como un gamo,

Al llegar al vestíbulo oí una voz:

—¡Aldriss, deténgase o disparo!

Volví la cabeza un instante. Creasy estaba en lo alto de la escalera, armado con una escopeta de caza de dos cañones. Sus intenciones carecían en absoluto de benevolencia.

Podía haberle disparado, pero entonces me habría visto envuelto en un grave embrollo. Conviene no olvidar que era un intruso en casa ajena y que Creasy poseía todos los derechos legales para defenderse.

La escopeta retumbó atronadoramente, por dos veces, en el momento en que franqueaba la puerta del comedor. Los disparos me parecieron cañonazos, lo cual no me impidió oír el chisporroteo de los perdigones contra las planchas de madera de la puerta.

Cuando Creasy llegó a la entrada del comedor, yo ya corría por fuera de la casa con la velocidad de un caballo loco.

CAPITULO X

Mí primer cuidado, al llegar el día siguiente, fue irme de nuevo a la oficina de Telégrafos, donde redacté un segundo mensaje dirigido a la Secretaría de Guerra.

“Insisto, sobre informes soldado Henry St. Vreran Punto. Posible no incorporado Ejército después movilización. Punto. Ustedes consultaron archivo “Muertos y Desaparecidos”. Punto. Ruego consulten listas desertores y prófugos. Fin del mensaje. — *E. Alderness*. Director ejecutivo Agencia Detectives Alderness.”

Entregué el mensaje al oficinista.

—A la tarde volveré a recoger la, respuesta.

—Muy bien, Señor.

Era una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Henry St. Vreran parecía haber sido una buena persona, de modo que no tenía por qué disfrazarse de soldado para fingir su marcha a Corea. Llevaban poco tiempo de casados, él y Joan y, por lo que yo había podido deducir, Joan no era mujer de la cual uno se divorcie tan fácilmente. Claro que hay tipos para todo, pero esta solución me sonaba a falsa y poco convincente. Henry St. Vreran había desaparecido, desde luego. ¿De qué manera? Esta era la respuesta que debía hallar y que solucionaría posiblemente todo el asunto.

Una vez despachado el mensaje, tomé el automóvil de nuevo y me dirigí a la calle Fulton. Busqué el 224, y usa ves lo hube hallado, aparqué el vehículo en lugar conveniente.

La placa con el nombre del doctor Zanthar continuaba todavía en su sitio. Por ella supe que el consultorio se hallaba; en la planta octava del edificio.

El ascensor me dejó en el sitio deseado. Recorrí varias puertas hasta hallar la que buscaba. Presioné el zumbador y esperé.

La puerta se abrió. Louise, la opulenta enfermera, apareció ante mis ojos.

Su reacción fue instantánea: Trató de darme con la puerta en las

narices. Lo hubiera conseguido a no ser porque adelanté el pie derecho, bloqueando su gesto. Luego pegué un empujón son el hombro y Louise salió disparada hacia el interior.

Crucé el umbral y cerré. Louise me llamó hijo de perra y otras lindezas. Cuando le hube soltado una bofetada monumental, se calló en el acto, atónita .y sorprendida.

—Vamos a ver si te portas como una persona decente —dije severamente,

—¿Qué es lo qué quite usted? Aquí no tiene nada que hacer; el doctor murió ayer, atropellado por un automóvil.

—Conducido, seguramente, por Randall o alguno de sus compinches, ¿no es cierto,?:

Louise palideció dé pronto.

—Yo estaba con él haciéndole unas preguntas cuando escapó a todo correr. Tengo la seguridad de que alguien nos vigilaba y se dio cuenta de que Zanthar podía resultar un eslabón débil en la cadena, lo cual podría provocar una ruptura desagradable. Conclusión: Suprimiendo el eslabón roto, se soldaba la cadena de nuevo y quedaba tan sólida como antes, ¿no es cierto?

Ella apretó los labios.

—No diré nada —contestó con acento de rabia.

—Bueno; en primer lugar, la policía está buscando al imprudente conductor que ayer huyó después de atropellar y matar a un prominente médico siquiatra de Cantrell Bluff. ¿Qué te parece si los policías empiezan a hurgar en el pasado de Zanthar? Descubrirían muchas cosas interesantes, ¿no crees?

—Pruébelo —dijo ella, desafiante.

—Oh, claro que si —contesté, resolviendo lanzar un tiro al azar—. Seguramente, tú, como su enfermera de confianza, tendrás libre acceso a su cuaderno de cheques, ¿Quieres, enseñármelo?

—¡ Váyase al infierno! —barbotó.

Me eché a reír y avancé hacia ella, acariciándole la barbilla.

—Eres muy bonita todavía y tienes un cuerpo espléndido, Louise —dije—. Pero ya has doblado el cabo de los treinta y... ¿cómo saldrías de la cárcel si un juez te apedrease con diez años de condena por tu intervención en unos asuntos nada limpios, entre los cuales se incluye...?

—Basta —dijo secamente, empezando a rendirse—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Todo.

Louise me miró con fijeza durante unos segundos. Luego, con voz ronca, dijo:

—¿Tiene un cigarrillo, a mano?

—Claro.

Aspiró el humo nerviosamente.

—Hace tres años solamente que trabajaba para Zanthar, de modo que en lo que pudiera hacer antes no me cabe ninguna responsabilidad.

—¿Y después?

—Zanthar dijo que tenía dos pacientes muy difíciles: La señora St. Vreran y Dennis, el hijo de los señores Creasy. Al principio, yo asistía solamente al tratamiento del idiota...

—¿En qué consistía ése tratamiento?

—Lo sometía a su hipnotismo y le decía que olvidase,

—¿Qué era lo que tenía que olvidar?

—Unos sueños que le acometían por la noche, unas terribles pesadillas que casi le volvían loco. Bueno — agregó la enfermera con débil sonrisa—, eso de loco es un decir, porque siempre lo ha estado.

—¿Sabe usted en qué consistían esos sueños?

—Dermis, hablaba de un subterráneo...

—¿Que Dennis hablaba...? —inquirí, atónito.

—Sí. Cuando caía bajo el influjo del doctor Zanthar, siempre hablaba. Le costaba mucho, pero lo hacía.

—Eso sí que es completamente nuevo para mí —dije—. Yo creía que Dennis no podía articular palabra.

—Y no lo hace, corrientemente —aseveró Louise.

—Bien, continuemos. ¿Qué más decía del subterráneo?

—Hablabla de un hombre caído en el suelo y luego algo así como una pared de ladrillo. No asistía a muchas sesiones, desde luego; pero en las pocas que estuve presente, sólo le oí hablar del hombre caído, en el suelo y de la pared de ladrillo.

Recordé los ademanes del pobre idiota y supe que Louise decía verdad en aquel punto.. La actitud de Dennis Creasy resultaba extraña, pero yo confiaba en averiguarlo... a. poco que me dejasen.

—¿Y la señora St., Vieran?

Louise enrojeció y desvió la mirada a un lado.

—Zanthar la extorsionaba por orden de los Creasy.

—Usted solía asistir a los interrogatorios —dije acusadoramente.

—Sí —confesó la opulenta enfermera, bajando la mirada.

—¿Por qué no denunció el hecho a la policía?

—Zanthar amenazó con delatarme. —Louise se retorció las manos—. Hace algunos años cometí una pequeña estafa. Debiera comprenderme: si me pescan, me meterán diez años en la cárcel.

—¿Por una simple estafa?

—Bien, yo tenía ciertos antecedentes... no muy halagüeños, ésta es la verdad —declaró Louise con el rostro del color de la púrpura.

Me imaginé la clase de antecedentes de aquella pájara. Lo que no acababa de comprender es por qué vestía de blanco y se lo pregunté.

—Aunque no me crea, poseo el título de enfermera — contestó con cierto orgullo.

Sacudí la cabeza. Una mujer que podía haber llegado a buena altura... y se veía envuelta en un lío monstruoso. Quizá si encontrase una mano tendida cordialmente podría rehacer aún su vida, pero estaba claro que esa mano no podía ser la de Randall.

—¿Qué hay de Randall?

—Es... es mi amigo —murmuró Louise, enormemente avergonzada.

—Y tú le convenciste para que os ayudara,

—Sí.

—¿Sabiendo que podía llegar a cometer una o más muertes?

Se retorció las manos.

—¡Zanthar era un demonio! Me obligaba a hacer lo que quería, amenazándome de continuo con enviarme a la cárcel. ¿Por qué no trata de comprenderme, señor Aldriss?

Sí, podía comprender a la enfermera. Pese a su apariencia, Louise era una mujer débil de carácter. Su vida hubiera podido cambiar radicalmente, de haber hallado en su camino al hombre adecuado.

¿Por qué no ayudarla?, me dije. Aún era lo suficientemente joven como para emprender una nueva vida, lejos de Cantrell Bluff, donde nadie la conociera.

—Escucha —dije de pronto—, ¿sabe Randall lo de la estafa?

—¿Lo quieres de veras?

Hizo un gesto vago.

—Me gusta, simplemente.

—Pero es un hampón, un tipo que acabará mal, a la fuerza. El día que caiga, y eso sucederá inexorablemente, te arrastrará con él. Zanthar está muerto y no puede delatarte, pero si sigues con Randall, un día u otro pagarás en la cárcel. ¿Te gustarla plantarle?

—Oh, ya lo creo, Pero...

—¿Qué te sucede?

—Tengo muy poco dinero —dijo desalentada.

—Escucha, vamos a hacer un trato. Yo te daré ahora mismo trescientos dólares. Vete lejos de aquí, donde sea, cuanto más lejos mejor: Una vez que hayas encontrado un lugar agradable, donde nadie te conozca, escríbeme. Puedes tener la seguridad de que te enviaré dinero, mil setecientos, así completaremos los dos mil. ¿No te agradaría empezar una nueva vida? Físicamente estás bien, aún puedes volver loco a más de un hombre. Búscate uno decente y honrado y olvida todo. ¿Qué te parece mi idea?

Louise juntó las manos en actitud extática.

—¡Maravillosa! —exclamó. Sus ojos se llenaron de pronto de lágrimas—. Oh, ¿cómo puede usted ser tan bueno conmigo?

—Eres un poco víctima de las circunstancias y todavía no es tarde para

rectificar, Louise. Cuando hayas encontrado una ciudad acomodada a tus gustos, escríbeme a la oficina de Jerry Mob. ¿Le conoces?

Ella dijo que sí con la cabeza. Saqué dinero y le entregué lo prometido.

—Un consejo. Deja una nota a tu compañera, diciéndole que te ausentas para visitar a un pariente enfermo; así no extrañarán tu marcha. Quítate la bata y vete inmediatamente, con lo puesto. No te entretengas siquiera en volver a tu alojamiento; si Randall llegase a sospechar algo, no lo pasarías muy bien, ¿comprendes?

—Sí, sí, lo haré tal como usted ha dicho.

Me puse en pié.

—Tus informaciones valdrán mucho para mí, Louise, Gracias por tu colaboración.

Ella trató de sonreír.

—Joan es una mujer muy buena. Esos canallas la han hecho padecer mucho. Procure que olvide todo lo malo que ha pasado.

—Esos son precisamente mis propósitos —contestó sonriendo.

CAPITULO XI

Por segunda vez me enfrenté con el camarero cuyo nombre era detestado aun por él mismo,

—¿Randall?

—Bien —contestó el tipo lacónicamente..

—Avísalo. Espero en el número cinco.

El camarero se permitió el lujo de una sonrisa.

—¿Otro recado de parte de Louise?

—No. Esta vez puedes usar mi nombre: Aldriss.

—O.K.

Le di diez dólares y el tipo se marchó tan contento, mientras yo me encaminaba al reservado. Una vez dentro, me despojé del sombrero, que coloqué encima de la mesa. La pistola quedó oculta por la prenda.

Randall irrumpió en el reservado con la furia de un toro rabioso. Apenas hubo cerrado la puerta, sacó una pistola de pavoroso aspecto, con la que me apuntó directamente al pecho,

—¡Maldito buscapistas! —masculló—. ¿Qué diablos quiere usted en mi casa?

—Guarde esa pistola, idiota. ¿Cree que puede empezar a tiros aquí mismo, tan fácilmente como si estuviese en pleno desierto?

Mi tranquilidad le desconcertó. Vaciló un poco y bajó ligeramente la mano, pero no guardó la pistola.

—¿Qué diablos quiere? —repitió—. ¿No le han dicho que resulta peligrosa para usted su permanencia en la ciudad?

—Sí, pero da la casualidad de que me gusta vivir en Cantrell Bluff y que no pienso marcharme por más que me lo ordene un piojoso, hijo de perra como usted, Randall.

—No puedo hacerle nada aquí, pero en cuanto tenga la menor ocasión...

—Sí, ya lo sé; provocará un atropello como el que costó la vida al doctor Zanthar, ¿no es así?

—¿Qué está diciendo? —estalló el hampón—. ¡Yo no ordené atropellar al matasanos!

La negativa de Randall me confundió unos instantes.

—¿Que no...? Entonces, ¿quién ha sido? —Se me hace muy cuesta arriba creer en la coincidencia de un accidente casual.

—¡Yo qué diablos sé! —barbotó el rufián.

—Está bien —dije—. Puede que no haya sido usted él que ordenó matar a Zanthar; pero no me negará que sí quería liquidarme a mí la otra noche, en unión de Sutton.

Randall entrecerró los ojos. Su mano se crispó sobre la quista de la pistola,

—Esa noche ganó usted —dijo con vos cortante—. La próxima no tendrá tanta suerte.

—¿Qué ha hecho con el fiambre de Sutton? —pregunté.

—¡Váyase al infierno! —gruñó—. Lárguese antes de que me arrepienta y...

La miré fijamente durante unos segundos. Luego me puse en pie lentamente, mientras que con la mano izquierda asía el ala del sombrero.

De pronto levanté la rodilla. Al mismo tiempo, agarraba la pistola.

La mesa salió proyectada contra el pecho de Randall. El hampón lanzó un grifo convulsivo y cayó de espaldas. La pistola se le escapó de las manos y resbaló hasta un rincón.

Antes de que pudiera recobrase, ya me había apoderado del arma, que guardé inmediatamente en un bolsillo de mi gabardina. Luego esperé a que Randall se pusiera en pie.

El tipo soltó mil imprecaciones, ninguna de las cuales es apta para ser escrita. Acallé su cloqueo por el sencillo procedimiento de machacarle los labios con el caño de mi pistola.

Randall soltó un aullido y empezó a cuidarse la boca,

—No me gustan ciertas marranadas —dije. Como estaba muy ocupado con sus labios partidos, no opuso resistencia alguna a recibir un golpe en el parietal. Lanzó un resoplido y se derrumbó al suelo. Era lo menos que se merecía después de la faena que habían querido hacer conmigo.

Salí del reservado. El camarero sin nombre acudió al verme aparecer...

—¿Todo bien?

—¡Espléndido! —contesté—. Tu jefe ha dicho que va a dormir un rato la siesta. Me ha dado estos diez dólares para ti.

—Gracias, amigo. Sí viera lo que me estoy divirtiendo...

—No lo dudo. Adiós.

Entre unas cosas y otras, se me había hecho ya hora de comer. Lo hice con magnífico apetito y después me lancé a realizar una serie de compras que dejaron mis bolsillos casi exhaustos.

Cuando terminé, resolví que era ya hora de acudir a Telégrafos. El empleado me entregó un mensaje de la Secretaría de Guerra:

Soldado Henry St. Vreran llamado a filas dos agosto cincuenta y uno. No presentado, diósele como desertor. Esfuerzos localizar su paradero infructuosos hasta momento actual. Si sabe algún dato referente mismo comuníquelo sin demora este Departamento. — McBuster, Jefe Oficina Desertores y Prófugos.

Bien, me dije, releiendo el mensaje por segunda vez. De modo que Henry St. Vreran había sido llamado a filas, pero no se había incorporado. Esto significaba que se hallaba en alguna parte... ¿Dónde?

Recordé a Dermis, el idiota. Este debía saber algo, con toda seguridad. De lo contrario, ¿por qué tanto empeño en hacerle olvidar algo que el desdichado confundía con una pesadilla?

Pero ahora yo tenía el medio de hacerle hablar... o, al menos, así me lo parecía a mí. Desde luego, lo que no podía dejar de hacer era intentarlo.

¿Por Joan?

Cerré los ojos un instante, tratando de evocar su rostro, su hermosura, la graciosa esbeltez de su cuerpo... y la perenne expresión de amargura y tristeza que reflejaban sus facciones.

Solté una leve carcajada.

—Vamos —me dije—, cinco años esperando ver de nuevo a Martha... y cuando llega el momento me enamoro de otra mujer. Tiene gracia.

Pero era cierto. Tan sólo cuatro días antes no había oído hablar siquiera del nombre de Joan St. Vreran y ahora ya no me acordaba en absoluto de Martha, la mujer gracias a la cual yo había conseguido sobrevivir durante cinco años de sufrimientos sin par.

Salí de la oficina. Era preciso hacer algo.

Anocheía ya cuando llegué a las inmediaciones de *Creasy House*. Presentía que pronto se iba a producir el desenlace, que no llegaría el nuevo día sin que todo se hubiera concluido y aclarado.

Me acerqué a la casa, llevando en la mano una maleta en la que había encerrado los objetos adquiridos aquella tarde en la ciudad. Las luces del edificio estaban encendidas, lo cual indicaba que las cosas marchaban con normalidad, con toda la normalidad que podía suponerse en unos extorsionistas que temían ser descubiertos de un momento a otro.

Llegué a una de las ventanas de la biblioteca y miré por encima del antepecho con todo cuidado, Creasy estaba allí, con una escopeta al alcance de la mano. Resultaba evidente que se hallaba muy nervioso, como si esperase recibir mi visita de nuevo.

Joan estaba un poco más allá, contemplando las llamas de la chimenea con expresión abstraída. La vieja y Blanche se hallaban ausentes.

De pronto, Creasy movió la mano. Dijo algo que no pude oír, y Joan se levantó del diván, dirigiéndose hacia un aparador próximo a la ventana.

Me vio y su cuerpo se puso rígido y tenso. Le hice señas con la mano de

que callase. Joan movió la, cabeza en señal de asentimiento, y luego llenó una copa de licor, que entregó a Creasy.

El sujeto bebió la copa casi de un trago. Luego sacó un grueso puro y se lo metió en la boca. ¿Era que no pensaba salir nunca del comedor?

Pasó un rato muy largo, no puedo precisar cuánto. Creasy se tomó dos copas más y al fin, con paso torpe y vacilante, se levantó y salió del comedor, arrastrando la escopeta de mala manera.

Apenas desapareció Creasy, Joan se puso en pie como impulsada por un resorte. Estuvo quieta durante unos segundos y luego corrió hacia la ventana, que abrió un poco solamente.

—¡Emory! ¡Está loco! —dijo.

Me pareció que, muerto Zanthar, su mente había roto muchas de las ligaduras que la sujetaban, aunque todavía no se había librado de algunas inhibiciones provocadas por la actuación del siquiatra. Una de estas cosas era lo que yo quería dilucidar aquella noche.

—Sí, por usted —dije, mirándola fijamente.

—¡Oh! —exclamó, enrojando hasta la raíz del cabello—Emory, éste no es el momento para bromear.

—Ya lo sé, pero usted preguntó por mi locura y lo le dije las causas. Ahora, escúcheme. Tiene que ayudarme si quiere ayudarse a sí misma.

—Haré lo que usted me pida, Emory.

—¿Confía ahora plenamente: en mí?

—Oh, sí, sí —exclamó con vehemencia no fingida.

—Eso me gusta mucho, Joan. —Le entregué un tubito—, Procure suministrar dos tabletas a sus tíos y a la cocinera.

Ella tomó el tubito con gesto de extrañeza.

—¿Para qué, Emory?

—Es un narcótico. Quiero hacer una cosa y no deseo ser estorbado.

—¿Y Dennis?

—Nada. Déjelo que siga como está. Sólo a sus tíos y a Blanche.

Joan vaciló.

—¿No será alguna sustancia tóxica, Emory?

—Antes dijo que confiaba en mí, ¿no?

—Desde luego.

—Bien. Entonces... —me agachó y abrí a tientas el maletín, extrayendo del mismo una bolsita de tela, que le entregué—. Es una escala de nylon. Procure llevársela a su habitación y átelas a cualquier lugar que resista. Deje la ventana entreabierta. Después, compórtese normalmente, hasta que vea que sus tíos y Blanche se han dormido. Cuando suceda tal cosa, suba a verme. Vamos, aprisa; no: tenemos tiempo que perder.

—Emory —dijo, ligeramente irresoluta. Dé pronto sonrió—. Conforme.

Y se alejó, rápida y resuelta, oprimiendo la bolsa contra su pecho.

Yo también me marché de aquella ventana, dando la vuelta a la casa.

Fui tanteando las paredes, porque aquello estaba oscuro como boca de zorro, hasta pasar a la fachada posterior.

Esperé unos diez minutos. Al cabo de ese tiempo, oí el crujido de una ventana que se abría. Volví a tantear las paredes con la mano, hasta tocar el extremo de la escala.

Di un par de tirones. La escala estaba bien afirmada. Entonces, me colgué del cuello la maleta, por medio de una correa, y empecé la ascensión.

Momentos después pasaba una pierna por el antepecho de la ventana. Unos brazos rodearon mi cuello ansiosamente. Busqué los labios de Joan y los encontré. Eran unos labios ardientes, apasionados. No había ficción alguna en su beso.

—Emory —susurró un poco más tarde, acariciándome la cara.

Volví a besarla rápidamente. A cada segundo que transcurría me sentía más enamorado de ella.

—Querida, apuesto cualquier cosa a que te encuentras mejor estos días.

—Sí, desde luego. Noto la mente mucho más despejada...

—Se comprende, claro. Zanthar ha muerto.

—¡Zanthar muerto!

—Yo mismo lo vi. Alguien lo atropelló con su coche, pero... Las explicaciones vendrán más adelante. Ahora procura portarte con entera normalidad. Baja al comedor, cena tranquilamente y no te preocupes de más. Vuelve solamente cuando el narcótico haya surtido efecto.

—Emory, ¿qué es lo que piensas hacer? —preguntó aterrada.

—Repito que no debes preocuparte. Has pasado muy malos ratos últimamente, pero yo estoy dispuesto a que todo eso se acabe de una vez para siempre. Ve abajo; no quiero que noten tu ausencia y se alarmen. Si ocurriese algo imprevisto antes de tiempo, todos mis planes se arruinarían.

—Sí, sí, querido... lo haré como tú dices. —Pasó su mano por mi cara con gesto cariñoso y luego echó a correr.

Entonces me senté en un sillón en medio de la oscuridad y me dispuse a esperar. Hasta que Joan me comunicase que el narcótico había actuado, no podía hacer nada.

CAPITULO XII

La puerta se abrió suavemente. La luz se encendió de pronto y yo me puse en pie de un salto, echando mano a la pistola que guardaba en el bolsillo del impermeable.

Joan sonrió.

—No temas, soy yo.

Me pasé la mano por la cara.

—No sé cómo ha sido, pero acabé por dormirme, Perdóname.

—No hay nada que perdonar, querido —dijo, sonriendo con dulzura. Avanzó, hacia mí y me entregó sus manos—. ¿Sabes?, estoy enamorándome locamente de ti, Emory.

—Lo mismo me sucede a mí, querida. Es una feliz coincidencia, ¿no crees?

Asintió sonriendo. Su expresión variaba totalmente. Era una mujer desconocida la que tenía frente a mí, absolutamente distinta a la que había conocido pocos días antes,

—Haría cualquier cosa que me pidieras, Emory —dijo con sencillez.

—Lo sé. Por eso he venido aquí. Escucha, ¿puedo hacerte unas preguntas?

—Las que quieras, amor mío.

—Son referentes a Henry. ¿Cuándo te casaste?

—Llevaba un año trabajando en su empresa. En ese tiempo me ganó su confianza totalmente, de tal manera, que quando le llamaron al Ejército no dudó en confiarme la administración de todos sus bienes.

—¿Y por qué no a los Creasy?

—Lo ignoro. Además, ellos no eran sus parientes, sino míos. Pero Henry era Un buen sicólogo y bien pronto conoció su verdadero carácter. Por eso me dio la orden de que no me fiase de ellos en absoluto.

Las cosas iban aclarándose.

—Entonces —dijo—, supongo que debieron llamar al siquiatra para forzarte a hacer su voluntad.

Joan se pasó la mano por la cara.

—Hay cosas que no recuerdo bien todavía, Emory. A veces siento el

cerebro como embotado, lleno de telarañas...

—¿Como conociste a Zanthar?

—Me lo presentaron un día, poco después de la muerte de Henry. Yo había sufrido un choque terrible con la noticia y mi tío me dijo que el doctor Zanthar me aliviaría de mis sufrimientos.

—Y, en lugar de ello, lo que buscaban era forzarte a firmar cheques.

—Sí..., pero yo me resistía... Cada vez que firmaba un cheque, me costaba una enfermedad. Era un impacto tremendo en mi espíritu...

—Como que Zanthar te daba unas órdenes que estaban en abierta contradicción con las recomendaciones de Henry. De ahí la lucha en que te debatías contigo misma y que tan malos resultados te daba. ¿Sabes a cuánto asciende la cantidad que les has entregado en estos cinco años?

—No, en absoluto. No he podido ver los libros... Ellos me lo prohibían siempre.

Apreté los labios.

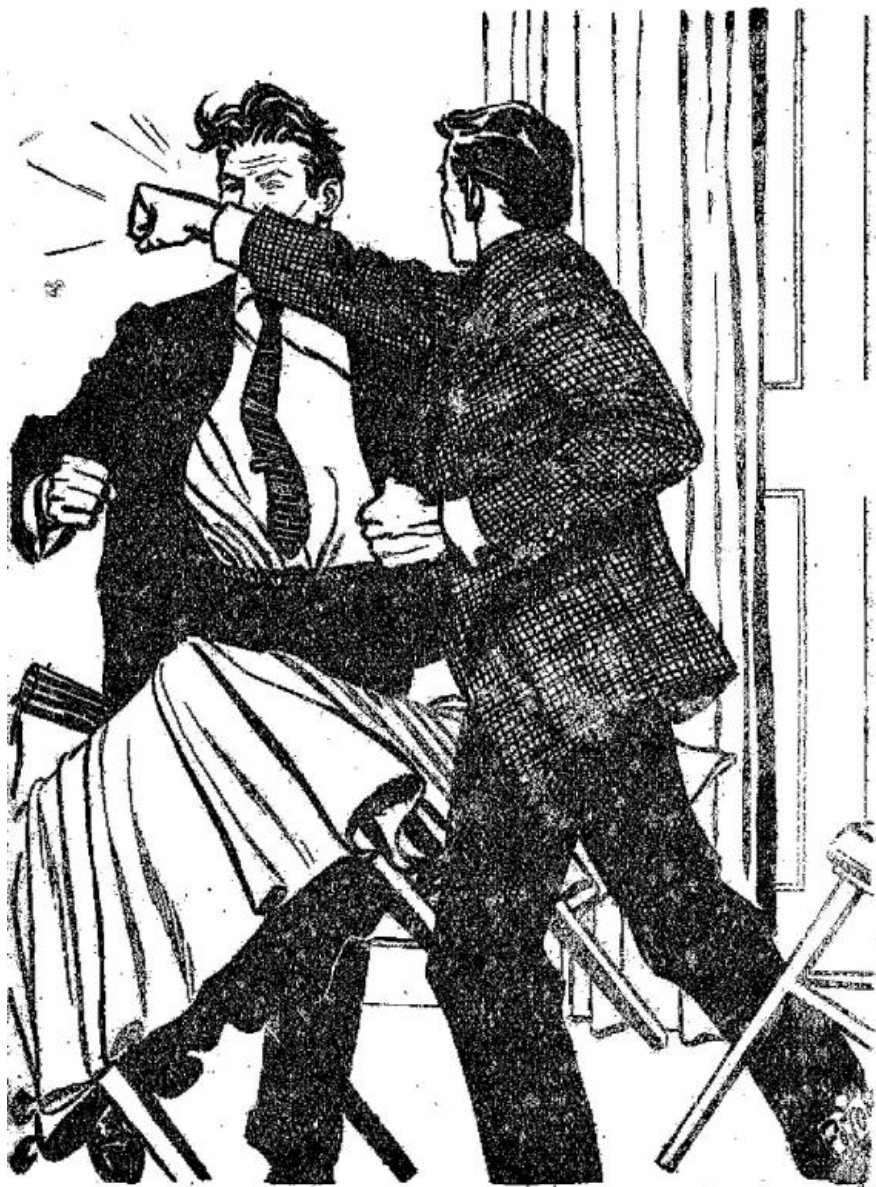
—Estoy seguro de que Zanthar te daba órdenes de realizar siempre lo que te dijese tus tíos. Así estetas siempre sujeta a ellos.

Joan asintió, mirándome con fijeza.

—Pero en cambio, al día siguiente de mi estancia en la casa, viniste al hotel a avisarme de que mi vida corría peligro.

—Sí, se lo oí decir a ellos... No sé por qué lo hice, pero sentí el impulso de avisarte cuanto antes.

Reflexioné durante unos instantes.



La mesa salió proyectada...

—¿Cuánto tiempo hacía de la última, sesión da hipnotismo?

—Algunas semanas, no estoy segura..

—Posiblemente, Zanthar, antes de cada sesión, dejaba “descansar” tu mente a fin de poder actuar luego sobre ella, con más fuerza. Sí —añadí—, eso debió ser, aunque el infeliz ha purgado ya bien sus crímenes.

—¿Quién lo mató, Emory? —preguntó ella ansiosamente.

—Estoy seguro de que si miramos en el garaje de la casa, hallaremos un automóvil con el morro abollado.

—¡Dios mío! ¡Tío Michael!

—O tía Hazel. Usa el sillón de ruedas por comodidad, pero también puede caminar, ¿no?

—Sí, claro.

—Uno de los dos fue, aunque eso tiene poca importancia en estos momentos. Querida, vamos a ver si averiguarnos dónde está enterrado tu esposo.

El color huyó del rostro de Joan.

—¡Emory! Eso es imposible. ¿Cómo vas a averiguarlo?

—Deja que yo me ocupe del asunto. Anda, tráete a Dermis.

—¡Dermis!

—El mismo.

—Pero, ¡si no puede hablar!

—Oh, claro que no... en su estado digamos normal. Pero sí bajo el influjo de una mente extraña a la suya y que haya conseguido tal dominio por medio del hipnotismo.

—¡Oh, Emory! ¿Vas a decirme que tú también sabes practicar ese horrible arte?

Emití una sonrisa de superioridad, al tiempo que acariciaba suavemente sus mejillas.

—Joan, has prometido tener confianza en mí. Al hacerlo así, no rompes la promesa que le hiciste al pobre Henry. Yo no existía para ti entonces, recuérdalo. Anda, ve y trae a Dermis cuanto antes. Ah, ¿están bien dormidos tus tíos y Blanche?

—Sí, sí...

—Date prisa, cariño. No quiero que llegue el nuevo día sin haber solucionado todo esto.

Ella se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla, sin embargo, se detuvo, irresoluta, y me miró.

—Emory, ¿qué harás con mis tíos si... si... ellos...?

Endurecí ligeramente el gesto,

—Lo siento por ellos, pero si cometieron algún grave delito tendrán que: purgarlo. No se han portado bien contigo, esta es la verdad.

—El era hermano de mi madre, Emory. Procura... procura ser benévolo.

—Lo haré por ti, aunque bien sabe Dios que ellos no han tenido compasión de ninguno de los dos.

—Gracias, querido —dijo. Y salió.

Inmediatamente me puse a trabajar. Abrí la maleta y extraje de la misma un pequeño reflector eléctrico, provisto de una lente que reducía al máximo la dispersión de los rayos luminosos. Lo probé, enfocándolo contra

un trozo de pared completamente blanco. El círculo de luz tenía un diámetro inferior a un pie, proyectado desde unos cuatro metros de distancia.

Coloqué el pequeño reflector sobre una mesita. Delante del mismo situé un metrónomo, cuyo disco pendular coloqué exactamente ante el foco de luz, de tal manera, que cuando el metrónomo permanecía quieto, su disco interceptaba por completo el haz de rayos luminosos.

Satisfecho de mi trabajo, encendí un cigarrillo. Cuando no había llegado todavía a la mitad, vi que se abría la puerta de la habitación.

Joan y Dermis franquearon el umbral. El idiota me miró, sonrió y dijo:

—¡Bu... bu... bu...!

—Hola, Dennis —le saludé—. Déjame lo a mí, querida.

Tomé al pobre idiota por un brazo y lo senté en un sillón colocado junto a la mesita en la cual había instalado aquellos instrumentos. Joan reparó en ellos y mostró: su extrañeza.

—¿Para qué sirva eso, Emory?

—Aguarda unos momentos y lo sabrás. Dennis, ¿quieres ver una cosa muy bonita?

El idiota palmoteó alegremente.

—¡Bu... bu... bu...!

—Perfectamente. Joan, apaga la luz, por favor.

La estancia quedó sumida en una total oscuridad. Di toda la cuerda al metrónomo y luego presioné el interruptor del reflector. El rayo de luz impactó contra el disco del péndulo. ;

—Joan, por lo que más quieras, guarda silencio.

—Sí, querido,

Toqué suavemente la aguja del final de la varilla del metrónomo. Este empezó a oscilar a un lado y a otro, a la Vez que producía el tictac característico.

Cada vez que el disco del péndulo pasaba ante el haz de rayos luminosos, la oscuridad se hacía en la habitación. Cuando desaparecía el obstáculo, entonces surgía en la pared el círculo de luz blanca, que volvía a ocultarse rapidísimamente. Era una serie continua de períodos de tiniebla y estallidos de luz que no podían por menos de fascinar a quien poseyera un cerebro especialmente receptivo, como el idiota.

El silencio era absoluto en la habitación. Sólo se oía el tictac del metrónomo, el cual continuaba sus oscilaciones pendulares con cronométrica regularidad. Dejé que el idiota contemplara el espectáculo durante algunos momentos y luego me resolví a hablar.

—Tienes sueño, Dennis. ¿Por qué no duermes un rato?

El idiota farfulló algo ininteligible. Dejé que el metrónomo realizara otra veintena de oscilaciones,

—Duérmete, Dennis, duérmete... Estás cansado, necesitas dormir...

dormir... dormir...

Pronunciaba la palabra dormir, alternándola con los tictac del metrónomo. Los sonidos y los relámpagos de luz empezaron a hacer efecto.

Percibí cierta relajación en el ritmo respiratorio de Dennis, Seguí insistiendo un par de minutos más; no hay que olvidar que yo no era un siquiatra. Pero conservaba una amarga experiencia sobró el particular; los comunistas me habían hecho una cosa muy parecida, aunque no lograron influenciar mi mente. Como fingí ser hipnotizado y después de contestarles a varias preguntas vieron que me estaba divirtiendo con ellos, acabé en un calabozo, donde permanecí seis meses en la oscuridad. Otros compañeros míos tenían la mente mucho más receptiva y acabaron haciendo lo que aquellos forajidos querían.

Esta era mi experiencia y ahora la aplicaba a una persona, por el bien de la justicia. Sólo faltaba saber si daría buen resultado.

Entonces me decidí a correr el riesgo.

—Dennis, ¿duermes?

Advertí claramente el esfuerzo que hacía el idiota para contestar.

—Sí, sí... duermo.

Las palabras le salían con gran dificultad, como si existiese en su mente algún esquema inhibitorio de su facultad de locución. Pensé que quizá un buen siquiatra podría destruir aquella inhibición, pero, por el momento, sólo me interesaba averiguar una cosa: el paradero de Henry.

—¿Me oyes, Dennis?

—Sí.

—Escucha, voy a formularte una pregunta muy interesante. Procura ser valeroso, ¿entiendes?

—Sí.

Hice una profunda inspiración. A mi lado, Joan permanecía tan inmóvil como una estatua,

—Dennis, ¿dónde está tu primo Henry?

El cuerpo del idiota sufrió una terrible convulsión. Por un momento temí que fuera a sufrir algún síncope.

—En... jen... el subterráneo...!

Joan lanzo un gemido y se cubrió la cara con las manos.

CAPITULO XIII

Volví a dar cuerda al metrónomo. Durante unos momentos no se oía en la estancia otra cosa que el monocorde tic-tac del instrumento.

—Dennis —pregunté al fin—, ¿cómo sabes tú qué Henry está en el subterráneo?

—Por... porque yo mismo ayudé a enterrarlo allí.

Apreté el brazo de Joan, recomendándole silencio, Seguí con él interrogatorio,

—Dennis, ¿podrías contarnos cómo sucedió la cosa?

—Sí.

—No tengas miedo. Habla sin temor alguno. Joan está aquí y es tu amiga. Yo también soy tu amigo. Ninguno de los dos querernos hacerte el menor daño, ¿me comprendes?

—Sí, sí...

—Bien, cuéntanos todo. No omitas el menor detalle.

—Yo... nosotros... Mis padres querían tenerme aislado... Hablaron a Henry del asunto y éste accedió a alquilarles una casa en un lugar apartado. Entonces, al cabo de un tiempo, Zanthar vino a vernos y dijo que ya tenía la casa. Nos trasladamos aquí los cuatro: mis padres, Henry y yo.

—¿Y Zanthar?

—No... no venía con nosotros.

—Muy bien, Henry. Cuéntanos entonces qué pasó.

El idiota se agitó en el sillón. Percibí un olor desagradable en extremo; era el de su transpiración. Debía estar sudando a chorros, aunque como estábamos en la oscuridad, no podía verlo.

—Papá y Henry se pusieron a discutir. Papá quería dinero para arreglar esta casa. Henry decía que era una solemne tontería. Papá se enfadó mucho y le pegó un fuerte, golpe. Henry cayó al suelo. Papá le siguió pegando en la cabeza...

Cerca de mí, Joan sollozaba.

—Papá me dijo que le ayudase. Bajamos el cuerpo de Henry al subterráneo. Me dijo que, permaneciera allí hasta su vuelta. Trajo muchas

cosas..., ladrillos, argamasa...

—¡Basta, basta! —Clamó Joan—. ¡Por el amor de Dios, basta!

Inspiré profundamente.

—Sí, creo que ya es suficiente... Al menos, en lo que se refiere a Henry.

Encendí dos cigarrillos y le pasé uno a Joan. Fumamos en silencio durante un rato.

El metrónomo se paró. Toqué a Dennis.

—Despierta, Dennis.

—Sí —contestó con voz átona.

—Da la luz, Joan.

Apagué el proyector. Al encenderse la lámpara del techo, vi el rostro del idiota brillante por el sudor. Busqué una toalla y se lo enjuagué.

—¡Bu... bu... bu...! —sonrió Dennis.

—Joan —dije—, será mejor que lo llesves a su habitación. Ah, tráete a la vuelta un poco de licor.

Ella asintió en silencio. Minutos más tarde, regresaba con una botella y dos vasos.

Bebimos un buen trago cada uno. Realmente, lo estábamos necesitando,

—Es preciso ser fuertes y enfrentarnos con la realidad —dije, mirando a Joan de frente—. Ya sabemos lo que le ocurrió a Dennis, Ahora me explicó por qué cuando vine subrepticamente a esta casa, me tropecé con aquellos útiles de albañilería en el sótano.

Ella se estremeció. La tomé por el brazo, como tratando de darle ánimos.

—Ayudados por, Zanthar, tus tíos te estuvieron engañando y explotando. Habían visto en Henry una mina de oro, pero estoy seguro de que tú no querías colaborar con ellos en el engaño, ¿no es cierto?

—Sí, así era —contestó Joan con un hilo de voz.

—Muy bien. Entonces, nada más lógico que suponer que tramaron este repugnante crimen con la ayuda del siquiatra. Consiguiendo su propósito..., pero hay un detalle que me intriga. ¿Se había despedido ya Henry de ti cuando vinieron aquí?

—Sí, Emory.

—Entonces, no cabe la menor duda. Aprovecharon el viaje de Henry para atraerlo a esta casa y lo mataron. Después, emparedaron su cadáver en uno de los muros del subterráneo para ocultar el crimen. Más tarde utilizaron a Zanthar para ocultarte también su muerte, hasta el momento que lo juzgaron oportuno. No podían matarlo, figuradamente claro ésta... apenas, ausentado de donde vivías, porque Henry debía pasar, lógicamente, por un período de adiestramiento antes de ser enviado a Corea. Para, eso estaba Zanthar, para hacerte creer que Henry te escribía, ¿comprendes?

Joan asintió:

—Sí. Tengo algunos recuerdos, muy confusos, de unas cartas que me escribía Henry desde el frente...

—Hasta que te enseñaron un falso mensaje de la Secretaría de Guerra, en el cual constaba la muerte de Henry.

—Es cierto.

—Para entonces ya vivíais aquí. No les convenía que continuaseis residiendo en Reading, donde sus trapicheos hubieran podido llamar la atención, ¿comprendes?

—Sí, ahora sí... las cosas empiezan a tener sentido.

—No del todo. Faltan algunos detalles. Por ejemplo, aparte del que empleaban en tapar la boca al siquiatra, ¿qué hacían con el dinero que obtenían de ti bajo la presión hipnótica de Zanthar?

—No lo sé, Emory, te lo aseguro.

—Ya lo averiguaremos, querida. Otra: ¿por qué fueron a poner mi fotografía sobre el piano? ¿Se me parecía Henry en algo?

—Oh, no, en absoluto. Era algo más bajo que tú y más delgado. Tenía los ojos muy azules y el cabello pajizo.

—Pero tú creías que el hombre que estaba retratado en el piano era Henry, porque Zanthar *te ordenaba creerlo*, ¿no es así?

—Desde luego.

Reflexioné, unos segundos. De pronto, hice chasquear los dedos.

—Me parece que lo entiendo. No querían tener la fotografía auténtica de Henry, por temor a que un día, alguien hiciese preguntas indiscretas.

Joan me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Emory! ¡Puede, que sea verdad lo que dices!

—A mi juicio, no cabe otra solución. Tenían que llevar el engaño hasta sus límites máximos. No contaron nunca con que un día podía venir el auténtico dueño de la fotografía y que no le reconocerían, debido a que ahora usaba gafas oscuras y no llevaba bigote. Este es un cambio fundamental en la fisonomía de un hombre y cualquiera podría pasar así inadvertido en la mayoría de los sitios. Como me sucedió a mí en Cantrell Bluff.

Joan me tomó por los hombros.

—¿Qué piensas hacer ahora, Emory?

Tardé unos segundos en darle mi respuesta.

—Procura ser fuerte. Me gustaría comprobar las manifestaciones de Dermis.

—¿Vas... vas a bajar al subterráneo?

—Sí. Lo considero imprescindible de todo punto.

—¿Y cuando hayas descubierto...?

Mi voz era inflexible.

—Compadece a tus tíos no por lo que te hicieron padecer, sino por el castigo que ellos sufrirán. Compréndelo, querida; asesinaron a una persona

y deben purgar su crimen.

—¿No hay otro medio de solucionar las cosas, querido? Huyamos de aquí... muy lejos, a algún sitio donde nadie nos conozca, Escucha, debe quedarme algún dinero. Trataré de averiguarlo...

—Y entonces, caerá la policía sobre ti y querrá saber por qué has efectuado tantas extracciones de dinero en cinco años y en qué lo has gastado sin salir de casa, ¿no comprendes?

Los hombros de Joan se hundieron repentinamente.

—Sí, es verdad —dijo.

—Bien, entonces, no se hable más del asunto. Quédate aquí y espérame.

—¡No! No quiero separarme de ti ya ni un sola minuto, Emory. Es... es terrible lo que va a suceder ahora..., pero considero que sería mucho peor estar lejos de ti. No quiero separarme ya de ti, suceda lo que suceda.

Abarqué su talle con el brazo y la atraje hacia mí.

—Has sufrido mucho querida. Los dos hemos sufrido enormemente. Ahora tenemos que compensamos mutuamente de nuestros padecimientos.

Sonrió estáticamente.

—Sí, querido —murmuró, un instante antes de besarme con ardoroso apasionamiento.

Rodeé su talle con mi brazo y echamos a andar hacia la salida, Antes de franquear la puerta, me asomé cautelosamente. El corredor estaba desierto.

Mientras descendíamos por la escalera, pensé en una frase que había escuchado la primera noche de mi llegada. Entonces se me antojó completamente incomprensible, pero ahora ya entendía claramente el significado de la misma. *Ni Sherlock Holmes redivivo podría hallar el menor indicio*, había dicho Hazel Creasy, hablando con Louise.

La vieja debía haberse referido al cadáver emparedado en el subterráneo, aunque muy posiblemente, Louise había entendido otra cosa. De todas formas, este detalle resultaba ya completamente secundario.

Descendimos al subterráneo en medio de un profundo silencio. Noté claramente al estremecimiento del cuerpo de Joan al verse en aquel lugar.

La pequeña piqueta que había traído yo la noche en que estuvo a punto de morir asesinado yacía aún en el suelo. Me quité el impermeable y la chaqueta y —después de haberme subido las mangas de la camisa—, empecé a tantear las paredes.

Fui dando golpes de un sitio a otro, buscando el lugar donde podía yacer un cadáver al otro lado de una pared de ladrillo. Los golpes resonaban opacamente, con un ruido siniestro, macabro, estremecedor,

De repente, la piqueta pegó sobre un hueco. El sonido era claramente distinguible sobre los anteriores. Repetí el golpe. No, no había la menor duda. Allí, al otro lado del muro de ladrillo estaba Henry St. Vreran... O lo que quedaba de él, por supuesto.

Me volví hacia Joan, que se había puesto intensamente pálida.

—Debe de estar aquí —dije.

Ella movió simplemente la cabeza.

—¿Insistes en permanecer conmigo? —pregunté.

—Sí, Emory —respondió con voz notablemente firme.

—Bien, entonces...

Asesté el primer golpe de piqueta con todas mis fuerzas. Un ladrillo crujió. Insistí en él misino sitio y el ladrillo se partió en tres o cuatro trozos. Poco a poco agrandé el orificio, hasta dejar el suficiente para pasar la cabeza y los hombros.

Una cosa me extrañó: no salía ningún olor de aquel hueco. Cinco años son más que suficientes para que de un cadáver no queden más que los huesos; pero en un espacio cerrado como aquel, el hedor proveniente de la descomposición, dura mucho tiempo. Se necesitan muchos más años, quince, veinte o todavía más, para que no queden de un cadáver otros restos que unos montoncitos de polvo sin olor alguno.

El hueco estaba muy oscuro y no podía divisar nada. Retiré la cabeza y busqué una caja de fósforos. Encendí uno y lo pasé a través del hueco.

Un momento después me retiraba de allí como si hubiese visto al propio diablo en persona. Joan temblaba espasmódicamente y no tenía fuerzas para articular una sola palabra.

—¡No está! —dije, atónito, estupefacto.

El grito de Joan retumbó bajo la bóveda.

—¡Emory! ¡Eso no es posible! ¡Dennis no pudo habernos engañado!

—¿Quieres venir a verlo? —dije con acento de decepción. Lancé la piqueta a un lado y me limpié las manos con gesto maquinal.

Joan se me acercó. Me agarró con manos crispadas por la parte alta de los hombros.

—Emory, no sé lo qué me sucede ni me importa ya. Sólo quiero que hagamos una cosa: Marcharnos cuanto antes de aquí. Muy, lejos, a cualquier parte, donde sea..., donde podamos olvidar todo esto, todo...

Jadeaba al hablar y su pecho subía y bajaba descompasadamente. Me imploraba con la voz y con la mirada.

—Sí — concedí —, tienes razón. Es lo mejor que podemos hacer. Yo he perdido ya todo interés por Cantrell Bluff y teniéndote a ti al lado, lo mismo me da vivir en un sitio que en otro. Vámonos, querida.

Fui a recoger mis ropas, pero en el mismo momento Joan exhaló un grito.

—¡Emory!

Volví la cabeza y me quedé helado de terror,

Michael Creasy estaba al pie de la escalera, con su escopeta en las manos, apuntándome de una forma que no dejaba lugar a dudas. Su esposa estaba al lado, mirándolos con una expresión de odio indescriptible y,

como refuerzo, traían a Blanche, la cual empuñaba un revólver de aspecto nada agradable.

Creasy sonrió siniestramente,

—Me temo qué no van a poder realizar tan agradable programa —dijo—. Ustedes dos ocuparán el puesto que ocupó tiempo atrás el pobre Henry St. Vreran.

El estómago se me contrajo repentinamente.

CAPITULO XIV

Hubo una pausa de silencio. Joan se había pegado a mí y podía percibir distintamente los temblores que sacudían su cuerpo.

Tragué saliva, esforzándome por aparentar valor.

—Bien —dije—, a los que parece, es usted un especialista en emparedar cadáveres. ¿No es eso lo que pretende hacer con nosotros después de habernos asesinado?

—Exactamente —contestó Creasy con pasmosa sangre fría—. Este es un sitio muy discreto... tan discreto como una tumba. —Y rió estruendosamente su propio chiste.

—¡Basta ya! —gritó la vieja—. Michael, acaba con ellos de una vez.

—¿También con Joan? No podrá firmarles más cheques —observé con sarcasmo. Trataba de ganar tiempo como fuera, de buscar una solución que me permitiese alcanzar la pistola que guardaba en el bolsillo del impermeable,

Creasy meneó la cabeza con aire apesadumbrado®.

—Queda ya tan poco dinero —se quejó.

—Me extraña que hayan sido capaces de dilapidar un millón de dólares en cinco años, cuando apenas se han movido del caserón —manifesté—. Eso significa un promedio de doscientos mil anuales.

Creasy emitió un hondo suspiro.

—Usted no sabe la insaciabilidad de los apostadores profesionales, Aldriss. Son como una sanguijuela que chupa y chupa...

—Y había, que contentar también al siquiatra, claro —dije.

—Ese era otro capítulo importante. Zanthar exigía el veinte por ciento.

—Aparte del dinero destinado a Randall.

—Otra de mis sanguijuelas.

—Supongo que Randall sería su corredor de apuestas.

—Sí, claro...

Guardé una sonrisa qué estaba a punto de aflorar a mis labios. ¿Cuántas veces no les habría engañado el hampón con el resultado de una carrera? Por satisfacer un vicio semejante, habían llegado a la efusión de

sangre y estaban dispuestos a cometer dos asesinatos más.

—¿Qué hicieron del cadáver de Henry?

—Se me ocurrió cambiarlo de lugar —contestó Creasy—. Dennis pareció mejorar una temporada y no tenía ganas de compromisos.

—¿Dónde lo sepultó?

El pulgar izquierdo de mi interlocutor señaló a sus espaldas.

—Detrás de la casa, en el extremo opuesto del bosquecillo de abedules. Planté uno encima, ¿sabe?

Joan gimíó. La miré un instante; su rostro tenía la blancura del mármol.

El cinismo de aquel asesino me dio náuseas. Jamás me había encontrado ante un tipo semejante... y cuidado que los había conocido de todas las cataduras entre mis guardianes, durante el cautiverio. Pero hasta el jefe del campo de prisioneros donde estuve se habría sentido avergonzado si alguien hubiera osado compararle con Creasy.

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo, Michael? —gritó de repente, Hazel Creasy—. ¡Mátalos, mátalos cuanto antes! —bramó con infinito acento de rabia.

Levanté la mano, deteniendo el gesto del asesino.

—¡Quieto un momento! —ordené imperativamente. Miró al ama de llaves—. ¡Blanche! ¿Se da cuenta de que si ayuda al señor Creasy se convertirá también en una asesina? El jurado no tendrá compasión de usted, se lo aseguro.

Mis palabras causaron mella en el ánimo de Blanche. Su mano armada osciló un tanto.

—¡No le dejes hablar más! —chilló la arpía—, ¡Mátalos, pronto!

Creí llegada mi última hora. Instintivamente, abrazó a Joan, la cual escondió la cabeza en mi pecho.

De pronto, cuando ya nos dábamos por perdidos, sonaron unos pasos precipitados. Alguien gritó:

—¡Señor Creasy!

Asombrado, reconocí la voz de Randall.

—¡Señor Creasy! —gritó el hampón—. Huya, huya pronto... La policía está al llegar...

No sabía por qué había de venir la policía en momento tan oportuno, pero tampoco eran instantes de andar con suposiciones.

—Al suelo, Joan —grité.

La joven obedeció en el acto. Sonó una doble detonación, que nos ensordeció a todos.

Sentí pasar por encima de mi cabeza un verdadero vendaval de plomo. La doble descarga de perdigones fue a estrellarse contra la madera de la puerta que daba paso al túnel exterior, con sordo estruendo.

De no haber actuado tan oportunamente, la perdigonada me habría destrozado la cara. Aún así, pude percibir en el hombro derecho un par de

pinchazos dé poca intensidad.

Pero ya estaba luchando por sacar la pistola de mi impermeable. Mientras lo hacía, escuché pasos precipitados.

Oí gritar y blasfemar a la vieja. Su boca emitía una serie de horrorosas imprecaciones.

Arriba se osaron gritos y estampidos. Escuché un alarido terrorífico; era la voz de Blanche, inconfundiblemente.

Tronó una metralleta. Un cuerpo cayó al suelo con sordo choque. Alguien lanzó un chillido histérico.

—¡No tiren, me rindo!

Al fin saqué la pistola. En aquel instante, sonó un disparo en el subterráneo.

Percibí con toda claridad el viento de la bala al rosarme el cuero cabelludo. Eché mano de mis conocimientos bélicos y rodé varias veces por el suelo, mientras notaba el chasquido de las balas que impactaban en torno mío.

Detuve mis movimientos un segundo. Miré hacia la puerta del subterráneo.

Creasy y el ama de llaves habían escapado cobardemente, atropellando a la bruja en su desenfrenada huida. Blanche había tirado la pistola y Hazel Creasy, loca de rabia, ciega por el odio, se había apoderado del arma.

Los bastones yacían a un lado. Estaba medio sentada en los últimos peldaños de la escalera, desmelenada, lívida, con las facciones desfiguradas por una expresión satánica. Sólo había una manera de parar los movimientos de la mano de aquella bruja.

Hazel Creasy se estremeció brutalmente cuando mi único disparo impacto en el centro de su frente. Su cabeza se dobló primero hacia atrás y luego a un lado. Lentamente, resbaló hasta el suelo, en donde quedó inmóvil»

Entonces oí una voz Imperativa:

—Tire esa pistola o le abrasamos.

Solté el arma.

—No se moleste, amigo. Jamás han sido tan bien recibidos unos policías como lo son ustedes ahora.

Me puse en pie y ayudé a Joan a hacer lo mismo. Dos o tres hombres penetraron en el sótano. Uno de ellos se presentó:

—Teniente Littlejohn, de la Brigada Criminal.

—Ha sido en legítima defensa —exclamé, aludiendo al cuerpo yacente en el suelo.

—Sí —concordó el oficial de policía con gesto pensativo—. ¡Diablos!., esto sí que ha sido una curiosa coincidencia.

—¿Coincidencia? No, lo entiendo —exclamé—. ¿Quién las avisó de que

estos tipos querían asesinarlos y luego emparedarnos en el muro?

Littlejohn miró hacia la pared.

—Conque eso era lo que querían hacer con ustedes. —Sufrió un fuerte escalofrío—. Diablos, no me gustaría morir de ésa manera,

—Imagínese, entonces, cómo estábamos nosotros, teniente. Pero, bueno, ¿nos va a explicar...?

—Recibimos una llamada anónima por teléfono, dictándonos que viniésemos a *Creasy House* para averiguar si había un automóvil con señales de un atropello reciente. Me refiero al que costó la vida al doctor Zanthar.

—Entiendo —murmuré.

—La informante agregó que viniésemos armados. El dueño del automóvil podía resultar peligroso.

—¿La informante? —repetí, atónito—, ¿Era una mujer?

—Sí, pero no dio su nombre.

Miré a Joan. Ella negó con la cabeza. Entonces comprendí.

Sin saberlo, Louise me había devuelto el favor. Deseé que llegara un día a enderezar su vida,

—Bien —dije, con un suspiro—, vámonos, teniente. Tengo mucho que contarles.

Me puse la chaqueta y el impermeable. Cogí a Joan por la cintura y empezamos a subir la escalera.

Había dos o tres policías de uniforme en el vestíbulo. Randall estaba sentado en el suelo, apretándose la pierna con las manos. Blanche se hallaba en pie en un rincón, muda, inmóvil, con los ojos desorbitados por el espanto.

Creasy yacía en medio de un charco de sangre, empuñando todavía la escopeta que no había tenido ocasión de volver a disparar. Procuré que Joan no viese aquel horrendo espectáculo.

* * *

Todo ha pasado ya.

Los acontecimientos transcurridos nos parecen haber sucedido hace muchísimos años, pese a que aún están muy cercanos en el tiempo.

He dejado Cantrell Bluff. No tenía nada ni nadie que me retuviese allí y he decidido buscar otro sitio mejor, más agradable. Es cierto que allí nací, crecí y viví hasta el momento de ir a la guerra; pero después de lo ocurrido, comprendo que no podría residir de nuevo en aquella ciudad. Las cosas cambian vistas desde un nuevo ángulo.

Naturalmente, Joan se ha venido conmigo, una vez convertida en mi legítima esposa. El hallazgo de los restos de Henry fue prueba decisiva en mis manifestaciones y, aunque no pudo ser tomada como prueba legal, la

declaración de Dennis, sumido en trance hipnótico, no pudo por menos de impresionar favorablemente a la policía, al fiscal y al juez encargado de la investigación preliminar, en la cual quedó establecido que Michael Creasy había sido el asesino.

Dermis está en un buen sanatorio. Llegará a curarse con el tiempo, aunque nunca podrá ser un hombre enteramente normal. Pero no tendrá al lado un doctor Zanthar que le imbuya la prohibición, de hablar mientras no esté sumido en trance hipnótico, a fin de no delatar su participación forzosa en la inhumación de Henry.

En cuanto a Joan y a mí, estamos ahora en un lugar del Sur, al borde de una playa de doradas arenas, mar azul y cielo resplandeciente. Estamos en plena luna de miel.

No sé qué haremos después. Yo tengo unos miles de dólares, ya lo he dicho, y ella ha podido salvar otros tantos, más o menos, del naufragio de su fortuna. Quizá busque yo algún trabajo o emprendamos un negocio con ese capital. Si no somos ricos en dinero, sí lo somos en ilusión y cariño.

Joan sale del agua. Viene hacia mí, enfundado su esbelto cuerpo en un ajustado traje de baño. Se quita el gorro y sacude la cabeza. El cabello se le esparce en negras ondas por los hombros, que han adquirido, como el resto de su epidermis, un magnífico color tostado.

Se sienta a mi lado, me mira y sonrío. Está más hermosa que nunca.

—¿En qué piensas, querido?

—En trabajar —respondo—. Podríamos empezar a calcular qué clase de negocio sería más conveniente...

Me echa los brazos al cuello.

—Por el momento, tenemos uno muy importante entre manos, cariño.

—¿Cuál? —inquiero.

Me mira fijamente a los ojos.

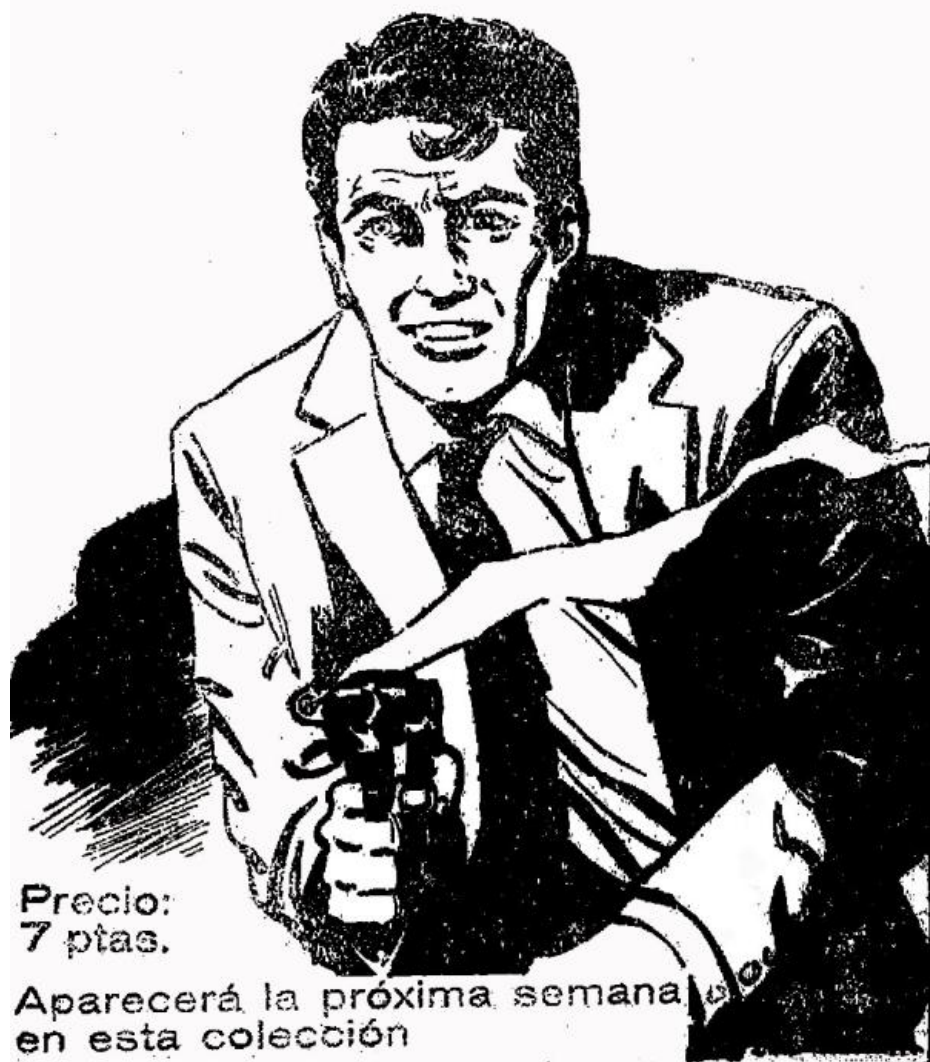
—Amarnos —susurra apasionadamente.

Asiento con la cabeza. Si, pienso, amarnos... y olvidar, olvidar todo. Por el momento, ése es nuestro mejor "negocio".

FIN

Silver Kane

Una voz en la noche



Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos

TECNICA AL DIA



Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico
R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

849 — Carlos de Santander
VENENO PARA
UN AMANTE

COLEC. "MADREPERLA"

740 — M.^a Dolores Acevedo
UNA MASCARA
DE FRIVOLIDAD

COLECCION "ROSAURA"

689 — Jesús Navarro
EL DIARIO PERDIDO

COLECCION "AMAPOLA"

575 — Matilde Redón Chiróna
TIFON EN SINGAPUR

COLECCION "ALONDRA"

510 — Isabel Irigaray
RENUNCIA DESPERADA

COLECCION "CAMELIA"

451 — Corín Tellado
AQUEL PASADO

COLECCION "CORAL"

141 — Corín Tellado
CONFLICTO SENTIMENTAL

COLECCION "CORAL"

245 — Corín Tellado
UN MARIDO PARA BERTA

COLECCION "CORAL"

11 — Corín Tellado
PRISIONERO
EN SUS REDES

COLECCION "BISONTE"

790 — John Lack
EL RANCHO
DE LOS MISTERIOS

Col. "SERVICIO SECRETO"

654 — A. Rolcest
LA VENUS DORADA

COLECCION "BUFALO"

436 — M. Lafuente Estefanía
EL HOMBRE DE PALO

COLECCION "TEXAS"

355 — Silver Kane
UNA MUJER DE SALOON

COLECCION "CALIFORNIA"

324 — Meadow Castle
UN VAQUERO ORIGINAL

COLECCION "COLORADO"

279 — Sam Fletcher
PLACA SIN MONRA

COLECCION "KANSAS"

245 — M. Lafuente Estefanía
UNOS MATONES
CON PLACA

Col. "HEROES DEL OESTE"

227 — M. Lafuente Estefanía
MARCADOS POR COBARDES

COL. "ASES DEL OESTE"

197 — Fidel Prado
TU GANAS, HERMANO

COLEC. "BRAVO OESTE"

109 — M. Lafuente Estefanía
EL PISTOLERO
DE LA RUTA

COLEC. "PUNTO ROJO"

43 — Clark Carrados
RETRATO EN ROJO

COL. "SELECCION S. S."

21 — Keith Luger
EL PINGÜINO ASESINO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 640 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egon Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.435
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quía a la Cruz, 178 - CARACAS.